

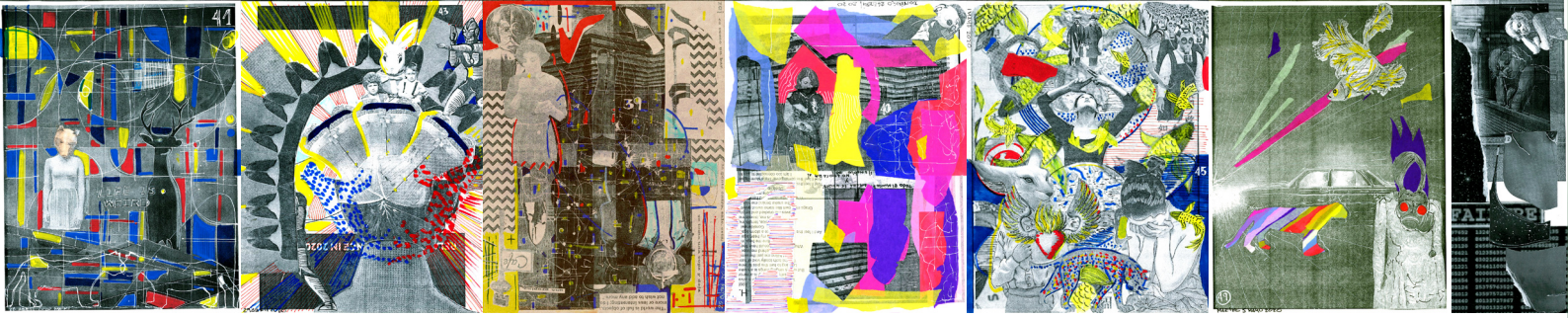
Edición #3

Poesías y cuentos



MIL POR MIL

Diciembre
2021



Índice

Cavernícola. Álvaro Castellanos. 3

Pintando de colores la montaña. Andrea Rodríguez. 7

¡Se me fueron las ganas! Carlos Andrés Gómez. 10

Cosas de oficina. Carlos Gutiérrez Triana. 26

Vigilanti. Carlos Mendoza Vélez. 32

S.O.S. César Augusto Rodríguez. 38

Adiós. Daniel Coral. 41

Ahora te llamas Jorge. David Roa. 45

Valiente. Javier García. 52

Poemas. Julián Mendoza. 55

En espiral. Leandro Tarazona. 61

De lo que hablan las piedras. Lucía Vargas. 75

La foto. Luisa Fernanda Varón Romero. 80

Anfibios plásticos. Radiolamar. 85

Boris. Santiago Galeano Rojas. 91

Al aire & Recording_10_mp3. Yulieth Mora Garzón. 97

Datos & Dos tíos siniestros que aman el ritmo.
Inteligencia Artificial. 102



Cavernícola

Álvaro Castellanos



La mamá de un amigo se resbala, sin mayores consecuencias, por las escaleras de la casa y, en cuestión de minutos, la pantalla de su celular está abarrotada de anuncios no solicitados con promociones, cuando menos absurdas, de cascos, rodilleras y barandas para instalar en las paredes. «¡Yo sabía que esto iba a pasar!», dice mi amigo en voz alta, mientras se rasca un costado de la cabeza. La situación en sí misma es extraña, pues el percance no le dio tiempo ni para comentarlo por WhatsApp. Durante los últimos tres minutos mal contados, él apenas alcanzó a levantar a su mamá del piso y a amontonar unos cubos de hielo dentro de una bayetilla para ponerla en su pierna y menguar la hinchazón, que se le fue poniendo verde y se fue poniendo púrpura. Sólo después de eso fue que mi amigo tomó su teléfono para avisarme sobre el leve accidente casero de su mamá que, por suerte, no pasó a mayores. Y ahí se encontró con la avalancha de publicidades invasivas seguidas por el chirrido insistente del timbre de la casa. Mi amigo se asoma desde la ventana de la habitación del segundo piso para ver quién es. Cubierto parcialmente por la cortina del cuarto, logra ver a un joven que le ofrece algo al otro lado del portón del garaje. Atado a su espalda, el vendedor tiene un palo alargado en posición vertical que termina en un gran logo redondo que sobresale sobre su cabeza y emula la tapa de un Dolorán, una pomada caliente que mi amigo creía extinta y que sirve, oh sorpresa, para bajar la hinchazón de los moretones. La mamá de mi amigo cree que desde hace un tiempo él no está bien de la cabeza y varias veces me ha manifestado su preocupación. Me ha comentado que desde que lo echaron de su último trabajo, en una compa-

ña que lo reemplazó por Inteligencia Artificial, él ha ido perdiendo el juicio y adoptando ciertas conductas que podrían asociarse con delirios tecnológicos. La última vez que hablo con mi amigo me cuenta toda esta historia con muchos detalles y me dice que comenzará una nueva vida sin redes sociales ni Smartphones. «Tocó vivir como un cavernícola», me dice, con un tono entre ridículo y paranoico. Me dice que está desarmando su freidora de aire y que se va a poner la vasija antiadherente en la cabeza, y a mi mente viene la imagen de Magneto, el enemigo de los X-Men. Sólo así, también me dice, podrá evitar que los «nuevos algoritmos evolucionados» se apropien de sus pensamientos. «Este man se terminó de chiflar», pienso justo después de hablar con él y justo antes de escuchar un perifoneo callejero muy poco habitual, que pasa por la avenida ofreciendo servicios psicológicos.



Álvaro es periodista, creador literario y tiene dos obras vinculadas al género de terror que, en el mejor de los casos, nunca saldrán publicadas...

En verde pálido se oculta la sangre
que dejó el puñal en su pecho,
disimular en amarillo las oscuras lágrimas
que resbalan del rostro de una madre
De azul celeste las manchas de semen en infantiles piernecitas.
Disimular en naranja el morado
que dejan en su rostro los puños de ese malparido
Pintar de colores vistosos el olor a podredumbre y basura en las
esquinas.

Se tiñe de mocos secos la risa de los niños, que juegan en las
[calles,
tostándose de viento.

En arcoíris se esconden
los sueños perdidos de la infancia, que ahora se
[funden en el metal de los puñales y en el azul bazuco.

De café diáfano su marido pintó
una golpiza seguida de una penetración
que no quería.

Coloridas. Infinitas escaleras
que ascienden al borracho de manos callosas.
Y descienden a la mujer
que madruga a limpiar la mierda
en una casa de ricos.

Elevan al firmamento a ese
que va con la bolsa cargadita de bóxer
pegada a su boca adolescente,
arrastra los sueños de una niña
que carga en su vientre una prueba de amor.

Y de mil colores que hoy no reconozco se oculta mi
infancia y el triciclo cargado de primos, el carrito de balineras
donde rodábamos los sueños que allí quedaron,
y el olor de mi abuela inmortal.



Rola de nacimiento viviendo desde siempre en la bella Usme, allí parió sus dos hijos. Escribe tímidos versos desde sus 14 años, es cofundadora y editora del Colectivo literario La Pedrada.

¡Se me fueron las ganas!

Carlos Andrés Gómez



Corríamos como si nos persiguiera el diablo. En realidad, nos perseguía. Stephen me tomó de la mano y me haló con fuerza para cruzar, lo más rápido que pudiéramos, las hileras interminables de árboles, en el bosque nublado. Las hojas secas crujían a nuestro paso. El jadeo rítmico y acelerado lo escuchábamos amplificado en medio de la escapada, sin pausa. Completábamos quince minutos en la escapada, seguían detrás. Con el rabo del ojo vi algo, unas siluetas que, al igual que nosotros, esquivaban los troncos y ramas. Pero volaban. A unos centímetros del suelo. Nunca había visto nada parecido, por lo menos en la vida real. En la carrera, en medio de la oscuridad, pasamos por una planicie despejada, los árboles habían quedado atrás. Percibimos cómo, de un momento a otro, la vegetación y los cientos de eucaliptos, con su aroma penetrante, desaparecían. El corazón me palpitaba tan fuerte que sentía su pulso en mi boca. Una niebla espesa acompañaba la penumbra y con dificultad podíamos reconocer nuestros rostros, cuyos límites se desdibujaban. «¿Cómo estás?», me preguntó jadeando, sin detenerse. Stephen emitía un sonido gutural y agitado que no controlaba. Como yo no lograba hablar, le hice saber con señas que aún estaba en cinco piezas. Miramos a los lados, erráticos, cubrimos los 360 grados comprobando qué tan cerca estaban. Siendo más o menos, las seis de la tarde, los grillos empezaron sus cantos chirriantes y los mosquitos nos devoraban los brazos. La comezón era insoportable, al igual que el miedo que llevábamos en las entrañas. No pasaron tres segundos y escuchamos algo, estaban allí, sobre nosotros. A lo lejos escuchamos la voz de un hombre y comenzamos a correr y gritar

en esa dirección.

Hacia un par de años compartía mi vida con Stephen. Cuando dos personas se conectan, en un nivel más profundo, se aprende a descifrar el rostro, los ojos, sutiles expresiones. La intimidad a la que llegamos era especial, tanto que cuando nos encontrábamos en medio de otras personas nos podíamos leer sin hablar. Las miradas más entrenadas nos conducían a tener sexo. Dependiendo del lugar y de la ocasión, detectábamos lugares en que pudiéramos tirar. Baños de bares, habitaciones solitarias o cuartos de aseo. Si dábamos con un espacio y el tiempo justo para hacerlo, lo hacíamos. Solo era controlar los sonidos, su respiración profunda al empujar con fuerza y mis quejidos, que, aunque buscaba que fueran delicados, casi susurros en su oreja, se salían de control. En ese momento escapábamos de la muerte o de no sé qué, precisamente por no controlarnos.

Una hora atrás disfrutábamos en la casa de campo del tío Simón, el adinerado de la familia. Nos juntamos los veintidós integrantes para matar dos pájaros del mismo tiro: celebrar su cumpleaños y conocer la nueva casa en la zona boscosa, en los Apalaches de Carolina del Norte. Nos tomaría tres horas de viaje llegar desde *Chapell Hill*. Íbamos en varios grupos: por un lado, mi madre y su nuevo novio, las tres tías y nosotros dos. Apenas cabíamos en la camioneta. El resto de la familia llegaría por su lado, es decir los primos, sus parejas e hijos. Yo era la única de las sobrinas que no había caído, seguía soltera. Aún no era mi tiempo, disfrutaba mi vida con el estudio, los momentos de charla edificante con mi madre y, sin duda, los buenos polvos con Stephen. El tío estaría allí con Leila, su esposa, su hijo y algunos familiares.

Los encuentros, aunque escasos, eran especiales. Comentarios graciosos o mordaces, sobre todo los promovía mi madre y las tías, sobre todo cuando habían bebido de más. El lugar quedaba a quince kilómetros de Hot Springs, el pueblo más cercano. Allí nos habíamos aprovisionado. Entre el desorden, me escurrí a la farmacia a comprar unos condones, para la tarde. El aire se respiraba limpio. Apenas iniciaba el invierno con su frescura característica. A los lados de la carretera, se divisaba un bosque espeso, con un tapete de hojas y arbustos pequeños que lo hacían ver apacible y solitario. La luz del sol entraba por los pequeños espacios que se creaban entre una y otra rama e iluminaba algunos senderos que podíamos ver desde la ventana del carro.

Stephen tuvo que irse en la camioneta del tío. No cupo en la camioneta, por la cantidad exagerada de cosas que habían comprado. Nos quedaríamos solo una noche. Faltando tres kilómetros para llegar, el tío se detuvo. Iban delante nuestro. Andy, su hijo de ocho años, no aguantaba más su vejiga, así que los cuatro vehículos pararon y todos aprovecharon para estirar las piernas. El tío Simón, se había casado con Leila luego de quedar embarazada. Era tan solo la segunda ocasión en que nos encontrábamos, porque cada vez que se daba la oportunidad de un encuentro familiar, se le presentaba algo, sin importar que fuera el día de Acción de Gracias o el de la Madre. Era una mujer que no hablaba mucho. No les gustaba a mis tías, ni a mamá. Según ellas, lo tenía anulado, manipulado y sometido. Ese era el nivel de drama. Por supuesto, él no lo aceptaba. Seguía enamorado. Por muchos años, fue el hermano que necesitaba ayuda y de un momento a otro, prospero. Sus

negocios florecieron. Le gustaba la vida familiar y allí estábamos, orinando en el bosque, cerca de conocer su casa de campo. Le gustaba la vida familiar y allí estábamos, orinando en el bosque, cerca de conocer su casa de campo.

Richard, mi nuevo papá, detuvo el auto para saber por qué paraban. Stephen rociaba un arbusto frondoso. Cuando terminó, se acercó a nuestro auto y con solo una mirada, convenimos que nuestro próximo encuentro sería en el bosque, a plena luz del sol, al natural. Sentí cosquillas en el vientre, le mandé un beso y Richard arrancó.

Cuando llegamos quedamos perplejos ante la última adquisición del tío. Un rancho de más de dos mil metros cuadrados en la mitad del bosque. Tenía una entrada amplia, con una puerta enorme de madera. Dentro, varias vigas de roble sostenían una estructura inmaculadamente blanca con muebles rústicos que se fundían con el ambiente boscoso. Por unos segundos nos miramos entre la familia, preguntándonos con gestos cómo habría logrado comprar esa propiedad. «Esto debe costar una fortuna», le dije a Stephen.

El tío nos hizo un tour. Los ventanales dejaban ver con claridad el interior sin necesidad de luz artificial, nos mostró las habitaciones, la buhardilla, la cocina, las salas. Leila no se veía cómoda. Su rostro expresaba rabia contenida, aunque trataba de disimularla. Salimos de la casa y caminamos hacia un parque infantil con rodadero y columpios. Mis sobrinitos se habían apoderado de él. Un terreno plano rodeaba el rancho y limitaba con el bosque. Nos tomamos de la mano con Stephen y dimos una vuelta de reconocimiento. Definitivamente nuestro

encuentro no se daría al interior de la casa, pues no queríamos quedar en evidencia con toda la familia, aunque habría sido muy divertido. Así que detectamos un sendero natural al lado sur del rancho. El ventanal de la sala, donde estarían compartiendo, y el parque de niños, quedaban exactamente al lado norte, así que podríamos salir sin ser vistos. El plan era compartir un rato en familia, beber unos tragos y escabullirnos con cautela. Y así fue. Todo sucedió como lo planeamos.

Eran las 4:30 de la tarde y nos reíamos de cuanto comentario y ocurrencia surgía de las conversaciones. En medio del bullicio me levanté y salí de la casa primero, y luego, pasados unos minutos, me siguió Stephen. Buscábamos no levantar sospechas ni dar la oportunidad de que nos hicieran preguntas inconvenientes. Nos encontramos y partimos. Cuando estuvimos frente al bosque observamos los árboles más grandes de lo que recordábamos, en una suerte de cueva natural. Había poca luz, pues se acercaba la tarde. Un ambiente lóbrego rodeaba el lugar. La naturaleza virgen con sus fuertes olores impregnaba el espacio, era posible vislumbrar una delicada niebla. Inhalé profundamente, sentí la necesidad de fundirme con el entorno. Caminamos besándonos. Me tomó por la cintura y lo abrace: así nos internamos en el bosque. De vez en cuando sentíamos caer al suelo con los torpes pasos debido a las ramas y pequeñas piedras. Llevábamos cerca de quince minutos de caminata amorosa cuando supimos que habíamos llegado al lugar indicado. Los besos profundos y lentos pasaron al erotismo salvaje; me clavaba su lengua por las zonas más profundas y sensibles del cuello. Sentía la piel erizada, la espalda, inclu-

so bajo la blusa sentí dos cúspides tensas y endurecidas, sabía que él enloquecería. Con violencia me quitó la blusa y el frío me sobrecogió. Su lengua, más larga de lo habitual, se metía bajo la copa del sostén, los dos jadeábamos en un ritmo coordinado, en un juego mágico que me hizo olvidar el lugar en el que estábamos.

Deslizó su mano por mi ombligo. Tenía entrenado el movimiento para soltar el broche a mano alzada, sin embargo, se detuvo en seco. Abrí los ojos. Su rostro estaba pálido y miraba inquietamente para todos los lados. En lo profundo de sus pupilas lo vi asustado. Su sexo se debilitó tan rápido como mis ganas se apaciguaron. No dijimos ni una sola palabra. Busqué la blusa en el suelo, que estaba cundida de pequeñas ramas y hojas secas. La sacudí y coloqué apresuradamente, al revés. «Siento que nos espían. Hay algo raro en el ambiente», susurró. En ese preciso momento, escuchamos en el corazón del bosque, voces de mujeres, pero no logramos identificar qué decían. Eran cantos confusos. Me agarró del brazo y me jaló en dirección a la casa. Yo no podía devolverme, sentí curiosidad por saber el origen. La temperatura bajó sin aviso y de esa agradable sensación de frescura pasamos a un helaje intenso que me enfrió hasta los huesos. Con los ojos le indiqué que siguiéramos y así lo hicimos. Stephen no era asustadizo, así que tomó la delantera e iniciamos la marcha. Nuestros corazones empezaron a latir más rápido. Cada paso que dábamos era medido para no provocar sonidos. Un olor intenso a azufre se metió por nuestras narices hasta la garganta, tuvimos que carraspear. Solo con el cruce de miradas sabíamos el siguiente paso que debíamos dar. Después de ca-

minar varios metros, escuchamos las voces con más fuerza. Nos pareció ver a unas personas en el suelo, pienso que a unos veinte metros de distancia. Para detallar mejor caminamos prudentemente hacía un tronco ancho y nos escondimos. Quedamos a una decena de pasos. Al estar allí echamos un vistazo y Stephen dijo:

—Qué hacen esas viejas desnudas.

Una mujer acostada, con los brazos y piernas atraídas sutilmente hacía el suelo, levitaba en el medio de otras tres. Ellas, sentadas en las hojas y ramas caídas del bosque, sostenían cada una un libro ancho, una biblia. Se encontraba abiertas en sus manos y al unísono cantaban con voces agudas. De la mujer que estaba en el centro, en el aire, brotaba humo negro como si hubiera una hoguera, pero no se veían brasas en el lugar.

Sus rostros eran fantasmales. Estábamos aún lejos para lograr detallar sus facciones, sin embargo, vimos sus extraños ojos negros azabache, como si los llenaran completamente sus pupilas. Tenían el cabello largo y dirigían sus miradas hacia el cielo. Sentimos miedo, físico horror. Hubiera querido, unos metros atrás, haber tomado el camino de regreso, pero ya era tarde. Cualquier movimiento que hiciéramos vendría acompañado de un sonido que sería inmediatamente detectado. Aunque pienso que ellas ya sabían que estábamos allí y estaban jugando con nosotros. Calculé que dos de ellas tendrían treinta años. Sus pieles blancas, sus senos y carnes firmes no daban para pensar algo distinto. La otra, sin duda, estaría bordeando los cincuenta. Su desnudez fue lo único en que se fijó el idiota de Stephen. Una de ellas, la de cabello rojo, la vieja, se levantó e inició

una oración con palabras extrañas, en otro idioma. La mujer suspendida emitió un grito desgarrador que habría asustado al más valiente. Nos paralizó y Stephen, atemorizado, instintivamente dio un paso hacia atrás rompiendo una rama seca. El crepitar debió de escucharse varios kilómetros a la redonda y ella, la de la oración, giró su cabeza hacia nosotros. Logramos ver por unos instantes su cara. El impacto nos llevó a ocultarnos de nuevo detrás del tronco. Confirmamos que sus ojos eran totalmente negros, pero su nariz era achatada y la mandíbula muy larga, lo que me hizo recordar el hocico de un Bull Terrier. En el instante que miró, abrió su boca e hizo un rugido grave y seco que dejó ver una hilera de dientes afilados. El olor putrefacto de su aliento con rapidez se esparció por el aire y lo contaminó. Iba a gritar, pero Stephen me tapó la boca. Sentí un río caliente que terminó por enfriarse en mi entrepierna. Abrí los ojos y fue la segunda vez que vi a Stephen desencajado. Sus uñas se clavaron en mi antebrazo y no daba tregua. Convenía volver a mirar. Debía saber qué acción había emprendido esa cosa. ¿Se había venido hacia nosotros? ¿Continuaban con su rito? Me agaché teniendo cuidado de no hacer ruido y con precaución saqué de nuevo la cabeza. El lugar donde nos escondíamos quedaba en un ángulo ciego en el cual no nos podían ver. Una de ellas desgarraba la carne del muslo de la suspendida, mientras la otra masticaba grotescamente un trozo de su torso. Gotas de sangre y pedazos de carne caían de su boca mientras mascaban con la boca abierta. La mujer mordida gritaba de dolor pero no lograba moverse.

Oculté de nuevo la cabeza detrás el árbol. «Stephen, debemos irnos ya», le susurré con miedo, pero deter-

minada. Asintió. Estaba como un papel. «Nos van a ver», me dijo. Y nuevamente, como si fuéramos un imán que no puede obviar la atracción, nos asomamos a ver la escena oscura a un par de metros. El morbo nos ganaba. Otra de ellas que se encontraba en el suelo, la más alta y crespada, se puso en pie con una daga en la mano. Sus cantos se hicieron más fuertes y decididos. Se acercó al centro y en un solo movimiento, con las dos manos, la hundió en medio del pecho de la sacrificada. Fue extraño, no hubo ni un solo grito de dolor, creo que ya la habían matado. Dos hilos de sangre rodearon su seno derecho e inicio un goteo escarlata sobre las hojas secas del piso, el cual pudimos oír. La escena fue horrenda: un cuerpo sublimando sangre, mordido con violencia y sus verdugos seguían devorándola. No pude contener un grito sordo que advirtió a las otras dos que las observábamos. «Alguien nos está espiando», dijo una de ellas en una jerga que pudimos entender. Se incorporaron. Lo que pasó en ese momento nos desbordó.

En casa, Richard se había percatado de nuestra ausencia. Quería quedar como un papá responsable, y empezó a quejarse con mi madre sobre nuestro comportamiento. Ella no le siguió la corriente y se vio obligado a continuar con su historia en otro lado. Después de preguntar a los niños cuál había sido el último lugar en que nos habían visto, se dirigió al lado sur del rancho, llegó al límite con el bosque provisionado de una linterna y se adentró en nuestra búsqueda. Sintió frío porque había olvidado su chaqueta. Richard se quería ganar un punto con mi madre, al encontrarnos con las manos en la masa, como si fuéramos niños.

Al estar las tres de pie y de frente a nosotros, con el árbol interponiéndose, vimos que compartían el mismo rostro alargado de perro. La más baja, que no era la pelirroja ni la crespa, recitaba palabras en latín ahora con sus ojos blancos como si estuviera en un trance, y las tres se empezaron a desplazar hacia nuestro escondite. No caminaban, flotaban a unos cuantos centímetros del suelo. «¡Mierda! ¡Qué es esa mierda!», dijimos simultáneamente y emprendimos la huida. No nos importó más que se dieran cuenta de que estábamos allí, habíamos visto con nuestros propios ojos que habían asesinado a alguien y que, con mucha probabilidad, seríamos los siguientes. Salimos corriendo en dirección a la casa que se encontraba a unos quince o veinte minutos de allí. Corrimos y miramos hacia atrás. Sus cuerpos tensos y las manos estiradas nos perseguían buscando agarrarnos. Stephen desapareció de mi vista. En la huida giré la cabeza hacia atrás, pero él siguió corriendo en otra dirección y me vi sola en la escapada de esas ánimas. Tal vez duré un minuto en la fuga en solitario cuando sentí morir.

Algo en la oscuridad me tomó con fuerza y desvió hacia otro sendero. Stephen había regresado por mí. Seguimos corriendo entre los árboles delgados. Sentíamos las botas empapadas, y nos costaba más dar los pasos. Finalmente, advertí un claro. Un lugar en el cual la luz de la luna dejaba ver una planicie donde la vegetación boscosa acababa. Oímos una voz masculina gritando nuestros nombres. Nos llegaba a los oídos como un eco. Miramos hacia atrás y tres figuras desnudas, pálidas, se abalanzaban hacia nosotros. Creí que nos habían alcanzado, pero Stephen apretó el paso y me llevó a rastras en bús-

queda de esa voz. Era Richard. «¡Richard! ¡Richard! ¡Por acá, por acá!», gritamos, pero él no respondía. «¡Richard! ¡Richard!», lo hicimos con nuestro último aliento, el último esfuerzo. Nos alcanzaron, sentí un rasguño en la espalda.

Esto hizo que corriera con más velocidad junto con Stephen y les tomáramos unos metros de ventaja y, de repente, alguien nos abrazó por detrás. Pensé en mi muerte, en la nuestra. Unos brazos helados y musculosos nos empujaron hacia abajo tumbándonos al suelo en la oscuridad. «Shhhhhhhhh-tt, shhhhhhhhh-tt», susurró. Terminamos agachados con Richard detrás de una roca del tamaño de un Volkswagen, y con la respiración apagada por su mano. Esperamos unos segundos y siguieron derecho unas sombras difíciles de distinguir en la oscuridad. Los tres inmóviles, absortos, fuimos testigos de unos cuerpos flotando: uno pequeño, uno gordo y uno alto en búsqueda de algo perdido. Estábamos empapados de sudor, la blusa goteaba. Nuestras manos y cuerpos abrazados, acogidos por Richard, temblaban de pánico. Esperamos unos minutos y cuando percibimos un espacio de calma, él nos guio por otro camino. En medio de la oscuridad del bosque logramos vislumbrar las luces del rancho, no nos importó movernos sin hacer ruido, aumentamos el paso, corrimos con los restos de aliento que nos quedaban hasta que llegamos al parque infantil. A esa hora, los niños ya estaban dentro, no había ni un alma allí. Ninguno de nosotros habló por unos instantes. Tan solo nos acompañábamos y mirábamos entre sí recuperando la compostura, el aliento. Luego, no aguantamos más: «¡Gracias Richard! ¡Gracias! ¡Gracias!», repetíamos sin parar. Él, orgu-

lloso, hacia gestos indicándonos que no había sido nada, pero igual estaba pálido. No tenía claridad de qué era lo que había pasado allí. Me toqué la cara y me di cuenta de que estaba empapada en lágrimas, no había dejado de llorar desde que emprendimos la última huida. Nos empezó a pedir explicaciones. Le contamos rápidamente lo que había pasado, claro, sin nombrar nuestro encuentro previo. Los brazos de mi hombre me tomaron por los hombros y me deshice en él. Concertamos entrar y disimular. No contaríamos a nadie lo que había ocurrido.

Stephen se metió a la casa sin ser visto y sacó abrigos y ropa para cambiarnos las camisetas sudadas. Entramos y en la sala estaban todos departiendo. La tía Edith nos preguntó dónde estábamos, se acababa de dar cuenta de que nos desaparecimos por un tiempo; respondimos con un comentario jocoso. Mi madre empezó a burlarse de Richard por su preocupación y le sirvió un vino. Ocasionalmente lo veíamos metido en sus pensamientos, creo que seguía intentando explicarse a sí mismo qué era lo que había pasado. Nos sentamos en el sofá y nos abrazamos con Stephen con tanta fuerza que nos reconfortamos. No dijimos nada más.

Llegaba la hora de compartir la torta del homenajeado y cantar el *Happy Birthday* en familia, así que las tías se fueron para la cocina a organizar el pastel. Aún no se iniciaba la celebración que nos había llevado a ese lugar. La semana anterior, habíamos charlado con mi madre en la cocina, nos dedicamos a hablar del tío Simón. Allí me contó de la invitación a celebrar el cumpleaños al menor de los cuatro hermanos Smith. Sin embargo, en medio de la conversación me empezó a hablar pasito, susurrando.

do cerca de mi oído, aunque estábamos solas en el apartamento. Me causó gracia que hiciera eso, nadie nos escuchaba, pero esa era la señal para actualizarme un chisme ultrasecreto, así que empecé a hablarle igual y a escucharla con atención. Comenzó por despotricar de Leila y la forma como maltrataba a su hermano. El tío, a pesar de ser un hombre hecho y derecho, era el niño de la casa y el consentido de ese matriarcado. Ella no resistía que lo gritara en público y que él hubiera dejado su profesión por dedicarse a su negocio. Iniciaba a contarme sobre su familia, cuando fue interrumpida por un timbre. La tía Edith venía a almorzar. «Te debo terminar de contar», me dijo antes de abrir la puerta y con eso finalizó nuestra charla esa mañana.

Leila nos miraba insidiosamente. Al parecer mi madre tenía razón. Llamó a su marido a una sala auxiliar retirada de la principal y unos instantes después, él se acercó con cara de pocos amigos a preguntarnos seriamente en dónde nos habíamos metido la última hora. «Tío, tomamos la carretera para dar un paseo, y entre chistes y charla, se nos pasó el tiempo. Pero dimos media vuelta y acá estamos», le dije con tranquilidad. Stephen asentía, pero no pronunciaba palabra. Nos iba a seguir cuestionando cuando lo interrumpió un pito de un carro. Leila gritó «Yo abro». Nadie se movió de sus sillas, igual nadie iba a abrir. Era la primera vez en todo el día que se le vio una sonrisa en el rostro. Corrió a la gran puerta principal y se perdió de nuestra vista por un instante.

—Stephen, no puedo creer lo que vimos —le dije.

—Yo tampoco. ¿Fue real? ¿Tú qué viste? —cerraba los ojos, recordando.

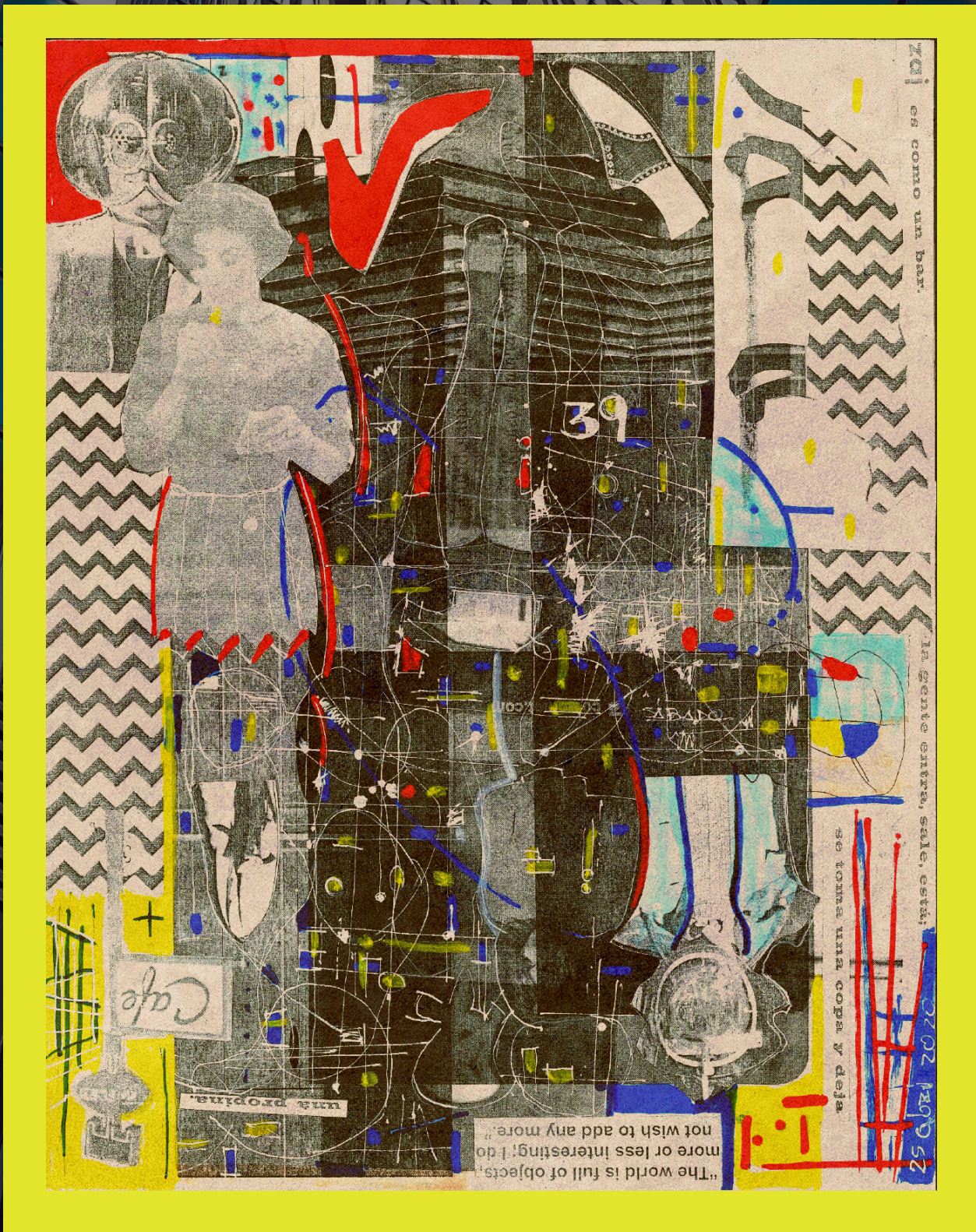
Y empezamos a repasar todo lo que había sucedido después de nuestro encuentro. Paso a paso fuimos reconstruyendo la historia y comprobando que efectivamente habíamos visto lo mismo. Para ese momento todos se habían olvidado de nuestra salida, incluso Richard que estaba pegado como chicle a los labios de mi madre. Leila entro eufórica y dijo: «Quiero presentarles a mi familia», Nos paralizamos con Stephen. Richard nos miró estupefacto. Entraron a la casa una mujer pequeña, otra crespita y una pelirroja.



*Andrés Gómez Acosta, 1979. Fonoaudiólogo.
Consultor en comunicación.*

Cosas de oficina

Carlos Gutiérrez Triana



El martes 15 de enero de 2021, sería uno de los días más recordados para todo empresario y oficinista. Ese año sería inigualable.

Vargas, el tipo menos productivo de recursos humanos, y que trabajó en IPRONTEC hasta noviembre del 2021, tenía por costumbre compartir memes en horario laboral, actividad que todos hacemos normalmente, desde nuestro celular o desde nuestro computador empresarial.

Ese martes Vargas, que era un imbécil, compartió un meme, sin darse cuenta que lo envió a toda la lista de correos de la empresa.

En el meme se veía a dos tipos batiéndose a puñal, mientras sus compañeros los vitoreaban y loaban. Cerraba la imagen una frase, Ideas para un libro: Solución de conflictos laborales por medio de peleas con cuchillos.

Los oficinistas que compartían con Vargas tuvieron diferentes reacciones, desafortunadamente la imagen llegó a los directivos de IPRONTEC que no notaron lo graciosa que era. Ellos no contaban con sentido del humor.

IPRONTEC es una empresa seria y responsable, donde no hay tiempo para risas.

La idea se regó entre los directivos que siempre están buscando una nueva norma burocrática que entorpezca los procesos laborales empresariales en Colombia. Esta no era solo novedosa, era económica y popular.

Todo colombiano, al menos de forma hipócrita, ama la violencia.

Las empresas, que nunca cuestionaban la autoridad de la poderosa marca de certificación, aceptaron la medida y se la comunicaron a sus empleados en

una conferencia extralaboral, justo después de un día de mierda, cuando ellos solo quieren irse a casa y aceptan cualquier pendejada a regañadientes.

Los departamentos de recursos humanos, que estaban cansados de recibir aburridas quejas por acoso sexual de algún jefe mañoso, sintieron un respiro y se convirtieron en las nuevas casas de apuestas.

En marzo, El DANE, notificó que los índices de conflictos laborales habían aumentado hasta en un 80% en todas las empresas nacionales. Los jefes, confabulados con los chismosos de la oficina, esparcieron toda clase de rumores para generar conflictos y apostar en las peleas que se llevaban a cabo en el horario establecido de 3 a 5 de la tarde, de lunes a jueves con descanso los viernes.

Para presentar una querrela, contra algún compañero de oficina, lo único que se debía llevar era un certificado reciente de la EPS, una fotocopia de la cédula ampliada al 150% y el carné que lo acredita como miembro de la empresa.

Las conciliaciones, como se decidió llamarlas a nivel empresarial eran necesarias, pero tediosamente burocráticas, el cuchillo no debía medir más de 20 centímetros, con estándares internacionales y certificación de acero y filo, por las Asociaciones de CHEFS, el Sindicato de metalurgia nacional y la regulación comercial de Cámara y comercio de cada país.

Luego de las medidas respectivas, cada empleado debía asistir a la reunión en ropa informal, cómoda, pero manteniendo los códigos de vestimenta adecuados.

La sesión se dividía en dos partes, una inicial en la que cada empleado soltaba su diatriba de odio con-

tra el otro, con la intención de despertar la rabia contenida ya que estas reuniones eran muy importantes; la pelea se debía llevar a cabo para no hacer perder el tiempo del delegado que actuaba como árbitro.

La segunda parte se llevaba a cabo en las instalaciones de la empresa, esto era muy importante, ya que esta diligencia debía tener toda la legalidad caso para no volverse una pelea de calle o una riña de bar. Ambos empleados firmaban cláusulas que libraban a la empresa en caso de una herida fatal; siempre existía el empleado malintencionado que le metía una puñalada a un compañero simplemente por envidia profesional.

Las peleas se basaban en causar el mayor daño posible, cortadas en zonas no vitales, brazos, piernas espalda, cortes en la cara, luego de cada diligencia de conciliación los empleados eran tratados por la EPS y se les daba sus correspondientes dos días de incapacidad.

Inicialmente los que más acudían a estos procesos eran los de los departamentos de contabilidad; se sabe que trabajar con números, y sobre todo con dinero ajeno, crea resentimiento hacia los demás, hacia el mundo y un asco hacia la profesión financiera. Luego llegaron los otros departamentos; ventas, servicio al cliente, administrativos, operarios, servicios generales. Trabajar limpiando la mierda de otros puede hacer que los odiamos con las tripas. El último departamento en unirse a esta terapia grupal fue el de psicología, que veía en la violencia una antítesis de sus propuestas, pero debido al número de casos que acudía a esta técnica de motivación empresarial, finalmente cedió; comprendía todo el resentimiento que se genera en una empresa en los

oficinistas, que, en la mayoría de casos, está ahí porque tocó.

Todo funcionaba a la perfección, desafortunadamente los círculos ilegales de apuestas, las terapias arregladas, y los grupos de WhatsApp, donde los presidentes de las empresas apostaban fuertes sumas de dinero, hicieron que el gobierno interviniera esta técnica de mediación y motivación, obviamente no había interés alguno en el bienestar de los empleados. Al ser promovida por una empresa privada, las ganancias para el Estado eran mínimas y significaban grandes pérdidas para el sector salud que veía en el creciente número de incapacidades médicas un problema de baja productividad.

Ninguna medida es perfecta.

Al ver la efectividad de la terapia, entorpecida por un Estado egoísta, las cabezas de IPRONTEC, institucionalizaron en la empresa una hora del día destinada a navegar por las redes buscando nuevas y maravillosas ideas que mejoraran el ambiente laboral, y por supuesto sus ingresos.

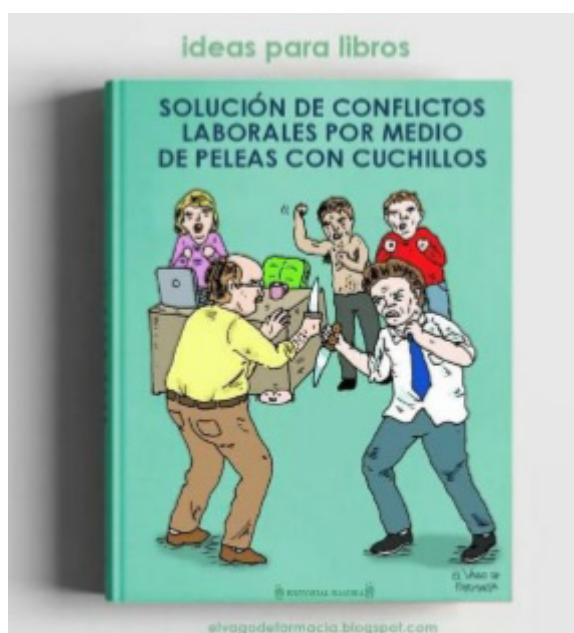


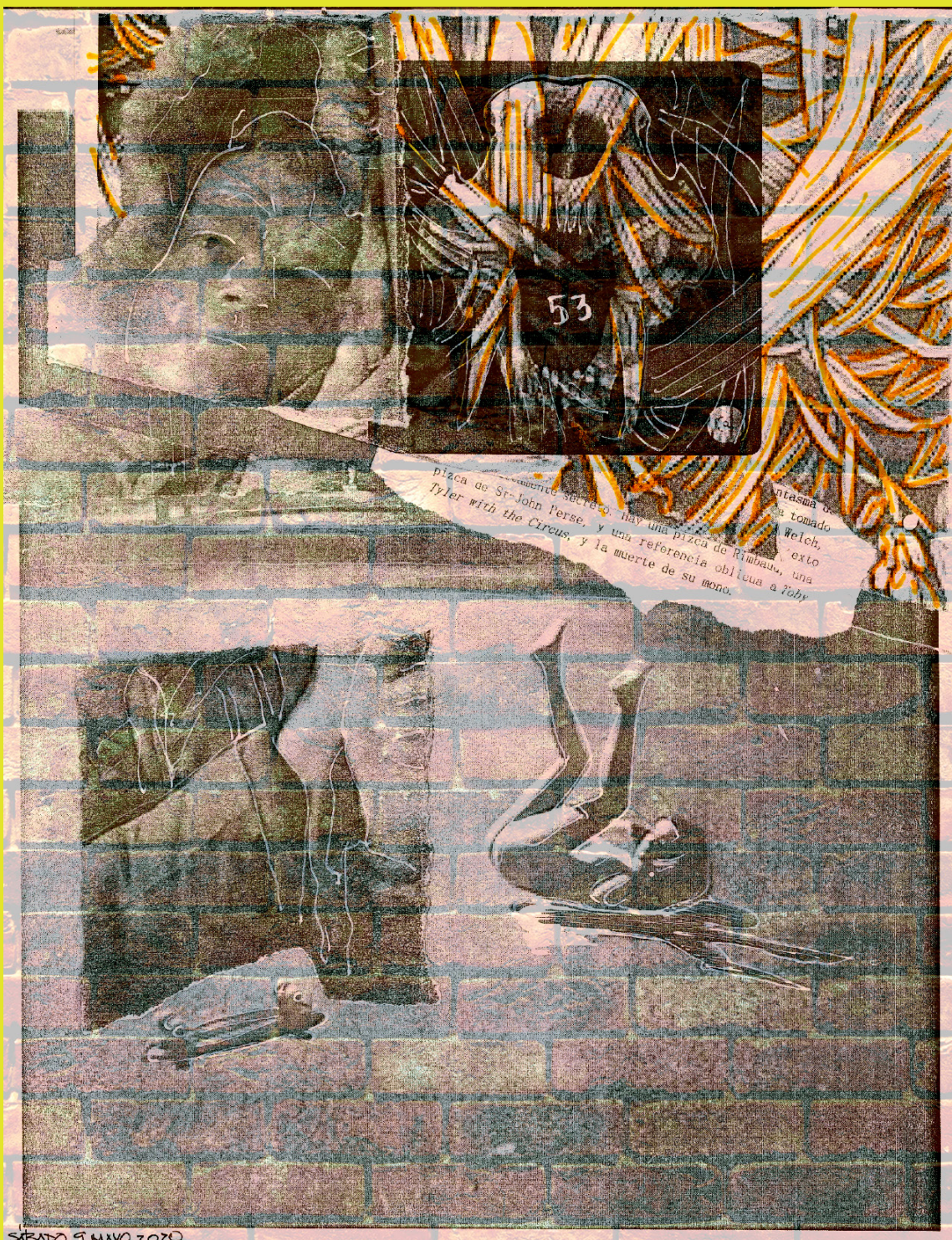
Imagen tomada de: ElvagodelaFarmacia.blogspot.com



Carlos Gutiérrez, bogotano de 42 años. Actualmente dedicado al negocio de la educación. Maestro en Creación Literaria de la Universidad Central, amante del terror, la ciencia ficción y los cómics.

Vigilanti

Carlos Mendoza Vélez



Buscar en *Maps* “tiendas de químicos”. Desplazar la imagen hasta enfocar en la pantalla el centro de la ciudad, las zonas marginadas. Elegir una tienda y hacer zum a nivel de la calle. Recorrer las cuadras aledañas, el barrio. Detenerse frente a esos maniquís sin rostro que adornan la vía. Observarlos, cuadro a cuadro. Observarlos bien. Una vez. Una vez más. Elegir otra tienda, ir al nivel de la calle, recorrer las cuadras, el barrio. Detenerse, frente a los maniquís sin rostro, observarlos bien. Una vez. Una vez más. Elegir otra, y otra, y otra, hasta encontrar, por fin, la tienda en la que se da esa coincidencia imposible que buscas, la de tener una joyería a tan solo unos cientos de metros de distancia.

Fijar un punto de partida. Fijar un punto de llegada. Seguir la ruta dibujada en el celular por autopistas, avenidas, calles, carreras. Ver la joyería, parquear a un par de cuadras, caminar hasta el sitio por la ruta que evite la mayor cantidad de cámaras. Preguntar por un anillo de compromiso, subir el valor estimado hasta que el dueño se interese y te atienda personalmente. Memorizar su nombre. Hablar del color del oro, de lo que significa un kilate, de diamantes, de diseños, de que ella se lo merece, que se merece todo, hasta un anillo que equivalga a varios meses de salario, bromear, reír, bromear un poco más, reír un poco más. Dejar datos falsos. Despedirse con la promesa de volver con la mejor amiga, la que sabe de sus gustos al nivel de nadie más, para no equivocarte, para comprar el anillo adecuado.

Caminar hasta la tienda de químicos. Saludar al encargado. Decir que vienes de la joyería, en nombre de su dueño, para comprar un kilo de cianuro de potasio. Repetir lo mismo a la señora que se acer-

ca, quien duda porque hace poco le suministró una cantidad similar. Improvisar, mentir. Decir que le llegó bastante oro, que eres el contador, que le estás ayudando con las cuentas. Asentir a las quejas envidiosas de la señora. Tirar poco a poco de esa conversación. Confirmar que al dueño de la joyería le está yendo bien, que no le debe fiar más. Afirmar que el tipo es un tacaño, sobre todo un solapado, haciéndose siempre el que no le va tan bien. Proponer que le pagas este kilo y todo lo que el joyero le deba. Pagar en efectivo. Dejar datos falsos. Salir de la tienda, caminar hasta el carro por otro lado, evitar las cámaras. Volver por la ruta que diga *Maps*.

Guglear, buscar, hasta entender, hasta conocer muy bien todo lo relacionado con “pistola de aire comprimido”. Ir a una dirección electrónica, a otra, a otra, a otra. Ver videos, leer, sobre diferentes tipos de armas, de municiones, de calibres, cientos de videos, de blogs, de artículos, de descripciones. Elegir, por fin, una pistola compacta, calibre 4.5 mm, con velocidad de 120 m/s, de disparo semiautomático, carga de munición en cilindro interior de 8 disparos, carga de CO2 estándar de 12g con autonomía para 40 disparos y cañón de acero. Elegir los diábolos, un modelo que pareciera diseñado en el mismísimo infierno específicamente para lograr tu objetivo, con una punta cóncava en la que se puede colocar la carga y un agujón recubierto de cobre en el centro que permite una mayor penetración.

Buscar en *Maps* “tiendas deportivas”. Hacer clic, llamar al número en pantalla, preguntar, primero, por la pistola, hasta dar con ella, luego, en otras tiendas, por los diábolos, hasta dar con ellos. Fijar un punto de partida. Fijar un punto de llegada. Seguir la ruta.

Conducir por la ciudad. Adquirir uno, luego, adquirir otro. Siempre parquear a un par de cuadras, siempre caminar hasta el sitio por la ruta que evite las cámaras, siempre pagar en efectivo, siempre dejar datos falsos, siempre caminar por una ruta diferente hasta el carro, siempre volver por la ruta que diga *Maps*.

Llamar a la carnicería y pedir una pierna de cerdo, con todo y cuero. Cubrir la pierna de cerdo con diferentes telas, materiales. Probar la pistola con todos ellos, con sus combinaciones, a varias distancias. Desechar la carne podrida. Pedir otra pierna de cerdo, probar, desechar, pedir, probar, desechar. Memorizar rigurosamente la distancia a la que se debe estar, según el material, la combinación de materiales, el número de capas que recubren la piel, para lograr un disparo certero.

Ir a una papelería grande, en un centro comercial grande, en un día concurrido, a la hora más concurrida y comprar todo lo necesario para las siguientes pruebas. Llenar la punta cóncava de los diábolos con tinta china, intentar con diferentes elementos que recubran la carga, que la protejan del disparo, del impacto, sin afectar el rendimiento balístico de la munición y que la liberen cuando el diábolito atravesase la ropa, la piel, la carne, no antes. Intentar una, y otra, y otra, hasta dar con el material protector que buscas.

Diluir el cianuro de potasio en agua, en una alta concentración, para que la reacción química incrementalmente exponencialmente su toxicidad. Preparar la munición. Repetir, otra vez, todas las pruebas y hacer todo lo posible por evitar morir envenenado.

Buscar en *Maps* “adopción de perros”. Fijar la

ruta y conducir. Parquear a unas cuadras. Decir que quieres adoptar, un regalo para tu esposa, elegir el más feo, decir que es amor a primera vista, que te gustan los marginados y a tu esposa también. Acariciar al animal agradecido mientras trata de lamerte por todos lados. En menos de diez minutos, llevarlo contigo. Regresar al carro, volver por la ruta que diga Maps. Soltar el animal en la casa, dejar que la recorra, que olfatee su nuevo hogar, que mueva la cola por todos lados. Cargar la pistola con un diábolito engallado. Llamarlo, dejar que te lama la cara mientras acaricias su cuerpo, palmo a palmo, hasta encontrar una zona con suficiente masa muscular. Apuntar la pistola en la zona identificada. Disparar.

Conducir por la ciudad, seguir el mapa grabado en tu cabeza, por las calles que no tienen cámaras de seguridad y que te lleva a los tugurios que identificaste tras recorrer, durante meses, todas las calles, las cuadras, los barrios. Llegar.

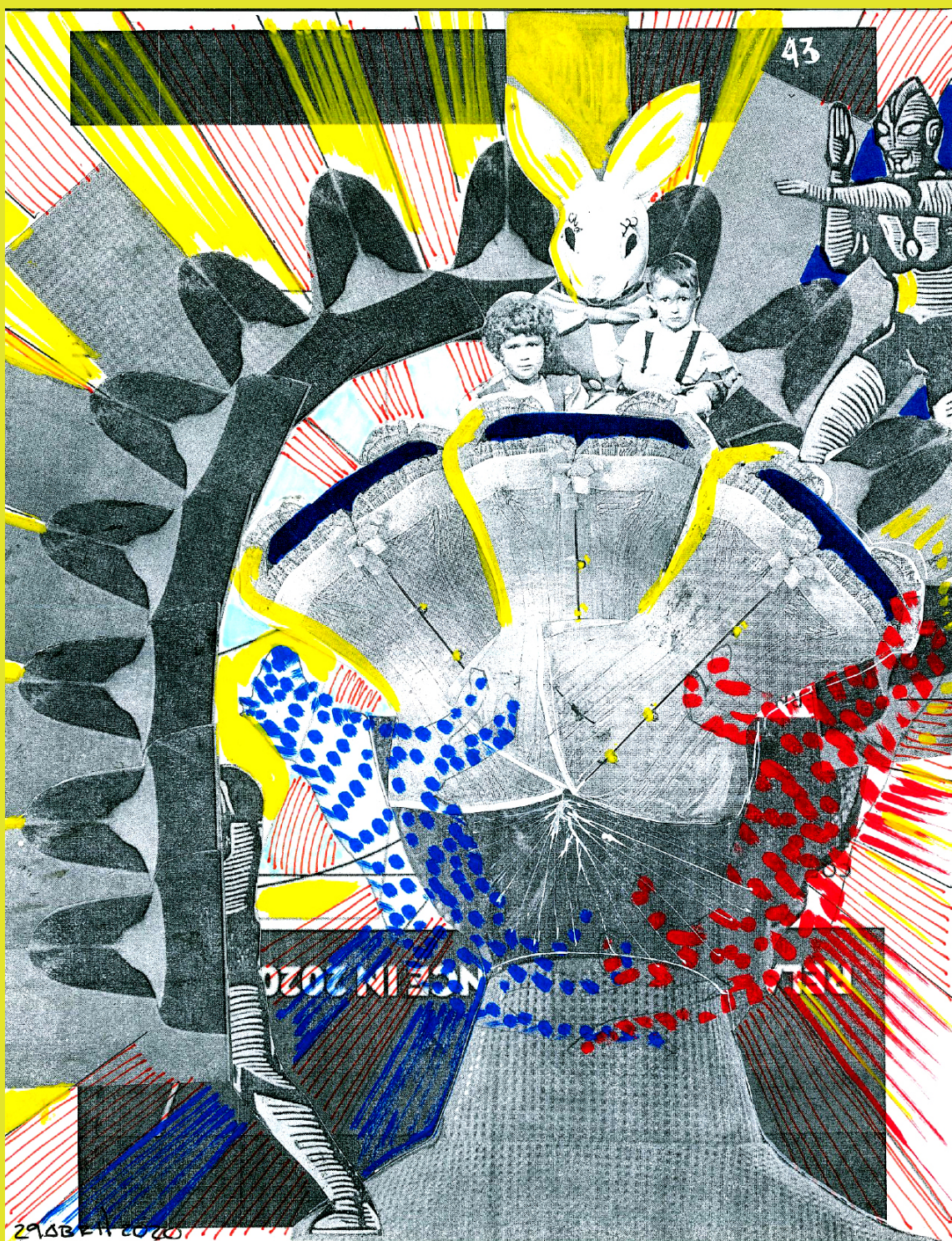
Detenerse junto a uno de esos seres contrahechos, de accionares intrascendentes, que no pasan, que no desaparecen, que permanecen, que se multiplican y pululan bajo nuestros pies, detrás de nuestras casas, entre nuestra basura. Bajar la ventanilla. Ofrecer un billete. Esperar que se acerque. Identificar sobre él las zonas vulnerables, zonas descubiertas o donde son pocos los andrajos que protegen la piel. Sacar de tu cabeza los aullidos agudos, desgarradores, en frecuencias caninas, que te atormentan. Sacar de tu cabeza los jadeos desesperados, agónicos, del perro que adoptaste. Apuntar la pistola en la zona identificada. Disparar.



Abogado y escritor. Su libro Urbanita (Escarabajo, 2020) fue preseleccionado en el Premio Distrital de Poesía Ciudad de Bogotá en 2019. Obtuvo el tercer lugar del concurso La cabra negra y sus mil relatos del Círculo Lovecraftiano & Horror en 2018. También fue finalista del Concurso Nacional Nuevas Voces Literarias Colombianas del Pen Internacional en 2016. Sus cuentos se han publicado en antologías, periódicos, revistas y blogs literarios, nacionales e internacionales.

S.O.S.

César Augusto Rodríguez



Me detuve al escuchar un golpeteo que provenía de una construcción en ruinas. Llevaba semanas sin percibir alguna presencia. El lugar estaba cubierto de escombros, el aire olía a tierra seca y la luz del sol avanzaba al interior con dificultad. Caminé a tientas por un corredor, hasta ubicar la habitación donde se producía el sonido. Recostado en un rincón, oculto por las sombras, encontré el cuerpo sin vida de un niño de unos siete años, sus ojos miraban el vacío y su mano izquierda aferraba un pequeño tamborilero que agitaba los brazos sin cesar. Abrí los dedos rígidos del niño y el juguete salió corriendo, atravesó la habitación y desapareció en las sombras del corredor. Enterré el cuerpo a las afueras de la edificación y regresé en busca del juguete, pero no lo encontré por ninguna parte. Acampé allí durante varios días; sin embargo, no volví a verlo ni a escuchar su golpeteo.



Ilustrador, animador, diseñador industrial, realizador audiovisual, especialista en educación artística, magister en creación literaria

Ganador del tercer puesto, categoría adultos, modalidad cuento del Concurso Nacional de Escritura: Colombia, territorio de historias. Ministerio de Educación Nacional, 2021.

Ganador del Concurso de Microrrelatos Zeta del Zombie festival. Publicado en el fanzine Pandemia Vol. 0. 2019.

Publicación en Botellas al mar; autores selectos, número 2 del Programa de Creación Literaria de la Universidad Central, 2019.

Finalista del Premio Apila de libro álbum, expuesto en el pabellón de la Escuela de Artes de Zaragoza, España, 2018.

Mención honorífica en el Concurso nacional por el sí a la paz, modalidad cuento corto. Fundación Lidera, 2016.

Becario por Excelencia Académica de la Maestría en Creación Literaria. Universidad Central, 2016.

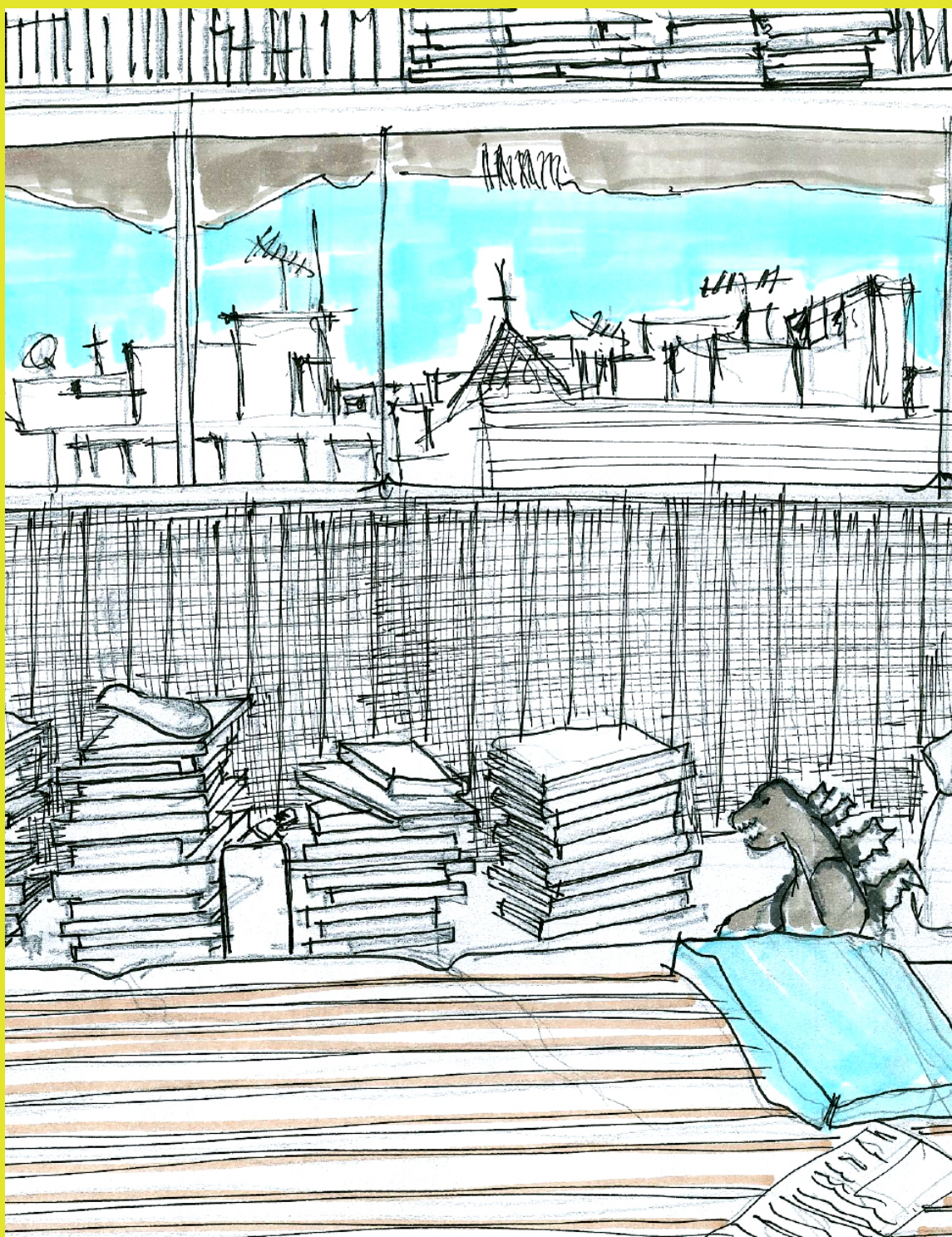
Ganador en el Festival ARTEUSAQUILLO, modalidad documental experimental, 2013.

Finalista, publicado en la antología, del Concurso Nacional de Minicuentos '200 años, 200 palabras'. Relata, 2011.

Publicación de cuento en el libro Escritor Anónimo. Departamento de Humanidades. Universidad Central. 2004.

Adiós

Daniel Coral



MIL POR MIL

Rodrigo iba tarde a casa. Se había demorado ultimando las cláusulas de un contrato. Hacía días que no le rendía en el trabajo. En realidad, hacía días que no dormía bien, comía poco y se despertaba de mal humor. Vivía como en otra sintonía. Como si en su interior algo se hubiera quebrado.

Pisó varias baldosas que le cubrieron el pantalón de agua estancada. No se sacudió. Mejor así, pensó. De ser posible, que lo lavaran de pies a cabeza.

Pronto se vio en la Plaza de Bolívar, enclavado en mitad de los tumultos de oficinistas moribundos y turistas tardíos. Lo que a inicios del día se perfilaba como una tempestad, a esa hora había amainado y solo escasas gotas, las últimas rebeldes, caían como el colofón de una marcha fúnebre. Rodrigo las sentía deslizarse muy suave por las mejillas, por la barbilla, e incluso quedarse pegadas en los cristales de sus gafas como puntitos borrosos que le estorbaban la vista.

Se sorprendió de nuevo de la cantidad de gente que había en la Plaza. Un puñado de manifestantes, por ejemplo, a pesar del mal clima, con pancartas y arengando tonadas pegajosas; mendigos indiferentes; pequeños grupos de turistas de piel rosada, ataviados con ponchos impermeables y sombrillas, que tomaban fotografías de casi todo.

Al rodear la carrera Séptima, vio a un joven que lloraba a rabiar, sentado en el borde de una escalinata. No hacía ruido. A veces se llevaba las manos al rostro y lo apretaba con furia, con desesperación, y cuando lo dejaba libre exhibía una mirada congestionada, las lágrimas que se confundían con la lluvia. Rodrigo no había visto llorar a alguien así en mucho tiempo. A pesar de lo tarde que iba, giró

en dirección al joven y se sentó a su lado. Este no se inmutó. Rodrigo lo contempló por un rato largo, fascinado con su carita mofletuda, pecosa, tan parecida a la de su hijo que ya no vería nunca más. Entonces una lágrima se le escapó y luego otra y otra. No pensaba, no quería pensar, solo veía al joven y lo acompañaba con su propio llanto.

Lloraron juntos hasta que la llovizna paró. Era de noche y hacía frío. Rodrigo se incorporó y por primera vez cruzó su mirada con la del joven, para despedirse en medio de un silencio absoluto.

Ya no había nadie en la Plaza. Ni siquiera una paloma trasnochadora en busca de pan. De camino al parqueadero donde guardaba el auto, recobró la respiración, la calma. Cuando llegó a casa, su mujer lo recibió con un beso y una sonrisa frágil.

—¿Qué tal? —dijo ella.

—Bien —respondió Rodrigo—. Algunos problemas en la oficina. Nada raro.

—Cámbiate. Estás empapado.

Rodrigo, ya en la habitación, se quitó el saco, la corbata, las gafas también. Fue al baño y se acomodó en el excusado. Desde allí escuchó a su mujer atendiendo una llamada de pésame, de las tantas que habían recibido en los últimos días. Inevitablemente, se cubrió la cara con las manos y lloró otra vez.



Daniel Coral, 1995. Abogado. Diletante profesional.

Ahora te llamas Jorge

David Roa



Con los ojos bien cerrados, agarrándolo con fuerza, traté sentir que todo se reducía a ese contacto físico y nada más. Estábamos sentados en el suelo, Jorge me daba la espalda y yo lo abrazaba, asfixiante, justo por debajo de los sobacos; intentaba en vano rodearlo con todo el cuerpo, pero su pierna izquierda se me escapaba por encima del muslo y lo dejaba en un equilibrio precario sobre su trasero, con los brazos colgando como una marioneta.

Nuestros cuerpos entumecidos tuvieron que ceder y separarse. Jorge se liberó para tenderse en la cama. En la mañana fingí que dormía. No quería continuar la conversación de la noche anterior. Me quedé en la cama, pendiente de lo que iba haciendo Jorge: el sonido de la ducha, el olor del champú, el ruido de los cajones, el roce de las prendas que entraron en contacto con la piel, el cambio de sonido de los pasos una vez se puso los zapatos, el portazo, la duda breve por el llanto del niño que se despertó asustado, la decisión de los pasos que se alejaron.

Alcancé a preocuparme un momento porque Jorge se iba sin desayunar, pero el llanto del niño me espabiló, y la preocupación se transformó en rabia contra mí misma. Sentí un impulso. Hice las cuentas de la poca plata que tenía, alisté al bebé, empaqué las cosas y salí para la terminal.

Tuve que esperar un par de horas a la salida del transporte y el ímpetu se me agió durante la espera. Imaginé la vida que Jorge me ofrecía y llegué a considerarla. Frente a la puerta de la flota dudé y me subí sin estar del todo convencida.

Durante el viaje lloré varias veces como si se me hubiera muerto alguien. Algunos pasajeros me miraron con pesar. Me vi a mí misma, una mujer sola

llorando en la flota con un bebé dormido en los brazos. Me concentré en la rabia que la imagen me provocaba, repitiendo en mi cabeza que no quería volver a ver a Jorge.

Con excepción de la ropa de ella y del bebé, no faltaba nada. Miriam había abandonado todas las cosas que había juntado durante el tiempo que estuvimos juntos, un montón de chécheres que solo le importaban a ella: la plancha de carbón que tenía de adorno, el televisor viejo que sintonizaba poco y a punta golpes y de ganchos de ropa, los libros mohosos que nadie leyó, el moisés de mimbre del que se sentía tan orgullosa por haberlo adornado con baratijas compradas en San Victorino.

Me quité la camisa y la tiré al suelo, apagué la luz, prendí un cigarrillo dentro del cuarto por primera vez desde que nació el bebé y me acosté a fumar en la cama sin quitarme los zapatos. Traté de pensar en otra cosa un rato mirando como la luz pobre que entraba por la ventana le daba forma al humo que exhalaba hasta que la brasa del cigarrillo alcanzó el filtro. Lancé la colilla con fuerza, para que rebotara contra la pared antes de caer al piso. Me levanté, empaqué mi ropa y antes de salir, pateé el moisés hasta convertirlo en un reguero de mimbre y encaje.

Los primeros meses en Ibagué los pasé arrimada en la casa de mi hermana mayor a la que le encantaba que le pidiera cada cosa. Siempre se le olvidaba servir el plato extra en la mesa y nunca me dio las llaves de la casa ni me ofreció ayuda con el bebé.

Por suerte pude conseguir rápido un trabajo de secretaria, mucho mejor que todos los trabajos que había tenido. Logré irme de la casa de mi hermana y pagar sola, por primera vez, el alquiler de un aparta-

mento. Mi rutina era simple y me gustaba; todos los días salía del trabajo, llegaba al apartamento y jugaba un rato con mi hijo que durante el día se quedaba con una niñera.

Una cosa me molestaba: el niño se parecía demasiado al papá. El amor que sentía por mi hijo estaba contaminado, lleno de sentimientos que no correspondían a los que una madre debe sentir por un hijo. Me espantaba cuando, en medio de los juegos con los muñecos o los carritos, me saltaba encima la imagen de Jorge. Que el niño tuviera el mismo nombre de su padre no ayudaba, así que empecé a llamarlo Sergio, como uno de los integrantes de Mocedades, agrupación que por esa época me encantaba.

Me las arreglé para matricularlo en el jardín infantil con el nombre nuevo y el niño se acostumbró a que lo llamaran así.

Una hermana de Jorge que había hecho amistad conmigo, me llamaba de vez en cuando para ver cómo estábamos. Siempre respondí exagerando lo bien que nos iba. Procuraba no preguntar por Jorge pero terminaba por hacerlo con disimulo y mi amiga me respondía de la misma forma por consideración.

—El Jorge en las mismas, hija, ahí sigue con esa loca.

—Al que le gusta le sabe —le decía yo, como si no me importara.

De este modo transcurrieron dos años tranquilos hasta que la directora del jardín infantil me pidió el Registro Civil del niño. En busca de una solución que me permitiera mantener el nuevo nombre, me dirigí a un sacerdote para pedirle que lo bautizara, y así conseguir al menos el acta del sacramento como sustituto del otro documento. El sacerdote se negó.

No podía proceder sin la autorización del papá y, mucho menos, ponerle al niño un nombre diferente al del Registro Civil.

Mi voluntad empezó a ceder a la idea de que terminaría por volver a ver a Jorge. Los tropiezos documentales me parecían una señal. El espanto de cuando jugaba con el niño y aparecía superpuesta la imagen de Jorge se fue convirtiendo en nostalgia. Inclina la cabeza mirando a mi hijo y le acariciaba el pelo con una cadencia parecida a la de los enamorados.

Me pregunté por primera vez en dos años cómo iba a hacer para que mi hijo entendiera que no se llamaba Sergio.

Yo sabía que Miriam y el niño terminarían por aparecer. No estaba sorprendido sino amargado. Mi hermana me dijo que, aunque me diera pereza, tenía que encontrarme con ellos. No le podía llevar la contraria. Mi mujer no sabía que yo tenía un hijo y no quería que se enterara por cuenta de mi hermana.

Me tomé la tarde para que el encuentro fuera en horas de oficina y no tuviera que inventar mentiras. Llegué a la Plaza de Lourdes después de la hora del almuerzo. No llevaba nada de regalo. Compré un globo y me puse a mirar para todos los lados. Trataba de imaginar lo que sentiría al ver al niño.

Llegué a la plaza. Me había gastado toda la mañana probándome ropa en varias tiendas hasta que me decidí por lo que llevaba puesto. Ví a Jorge y tuve que parar. Hablé con el niño, a quién también le había comprado una muda de ropa nueva.

—Tengo que pedirte un favor —le dije señalando al hombre del globo al otro lado de la Plaza— Cuando ese señor te pregunte, le tienes que decir que te

llamas Jorge.

A mi hijo no le gustó la propuesta y se puso a llorar. Lo alcé, traté de calmarlo, y empecé a caminar otra vez. Jorge casi no me reconoce. Descargué al niño y él se inclinó para hablarle.

—¿Te acuerdas de mí?

El niño escondió la cabeza detrás de la falda de Miriam. Lo miré despacio mientras le ofrecía el globo. Encontré el parecido conmigo mismo y no sentí lo que me imaginaba.

Miriam quería que nos quedáramos solos un rato, «que se tomen confianza», dijo. El niño empezó a llorar al entender que lo dejarían con un desconocido. Miriam se agachó para convencerlo, pero se quedó llorando de todas formas. Con el globo en una mano y con la otra agarrado de la mía, vio cómo su madre se iba. Nos quedamos así hasta que Miriam desapareció por detrás de la iglesia.

Al final de la tarde, después de haberlo subido en el lomo de todas las llamas de la plaza, le ofrecí un helado para que dejara de llorar. Le di la espalda un minuto mientras escogía y pagaba en el carrito. Al niño se le soltó el globo y se fue detrás para alcanzarlo. Cuando me di cuenta ya estaba en el borde del andén. Alarmado, empecé a llamarlo, pero era como si no fuera con él.

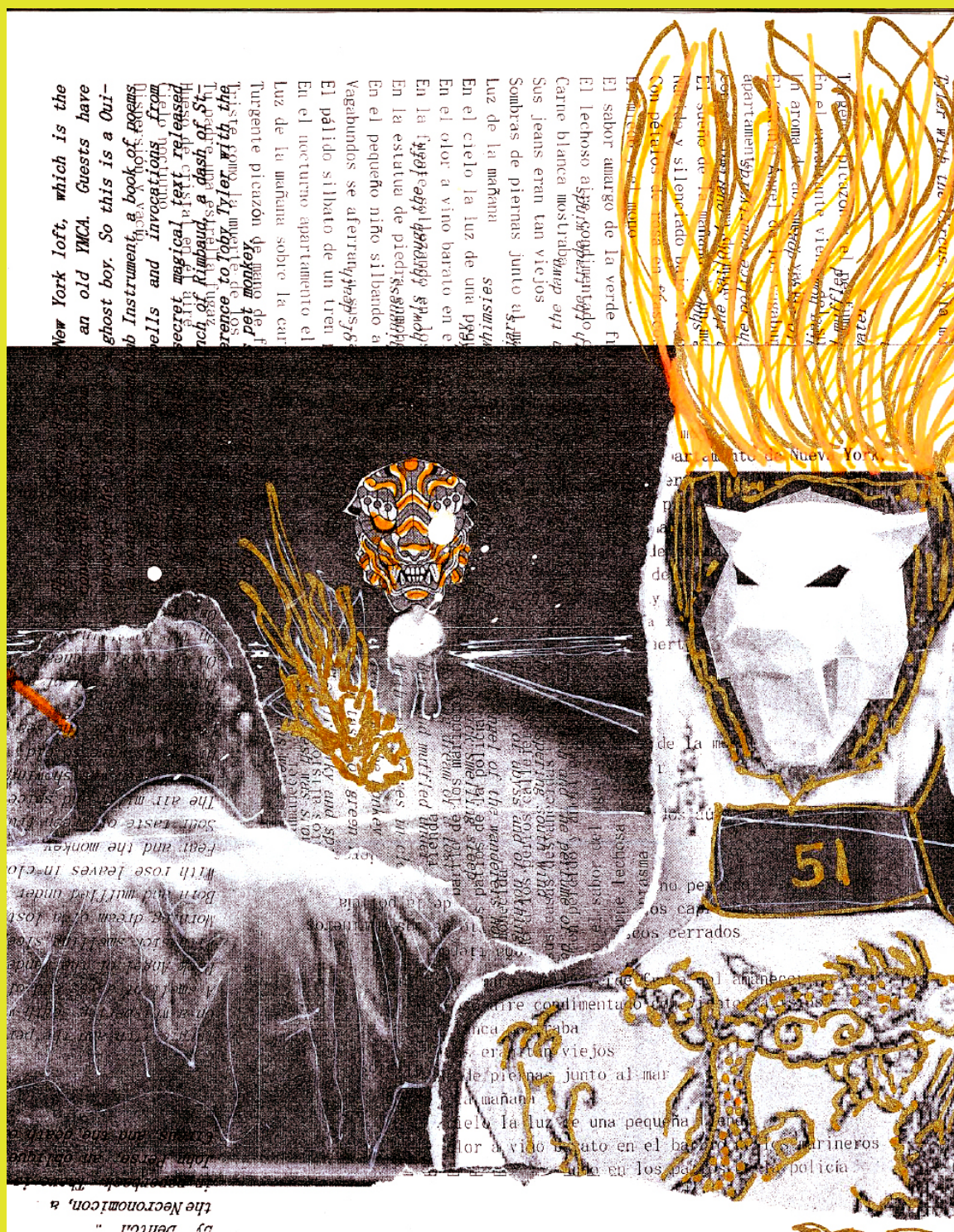
Cuando llegué a la plaza ya había un tumulto en la esquina. Alcancé a reconocer a Jorge y empecé a correr con toda la velocidad que me permitían los zapatos nuevos.



David Roa. Librero, dibujante, músico.

Valiente

Javier García



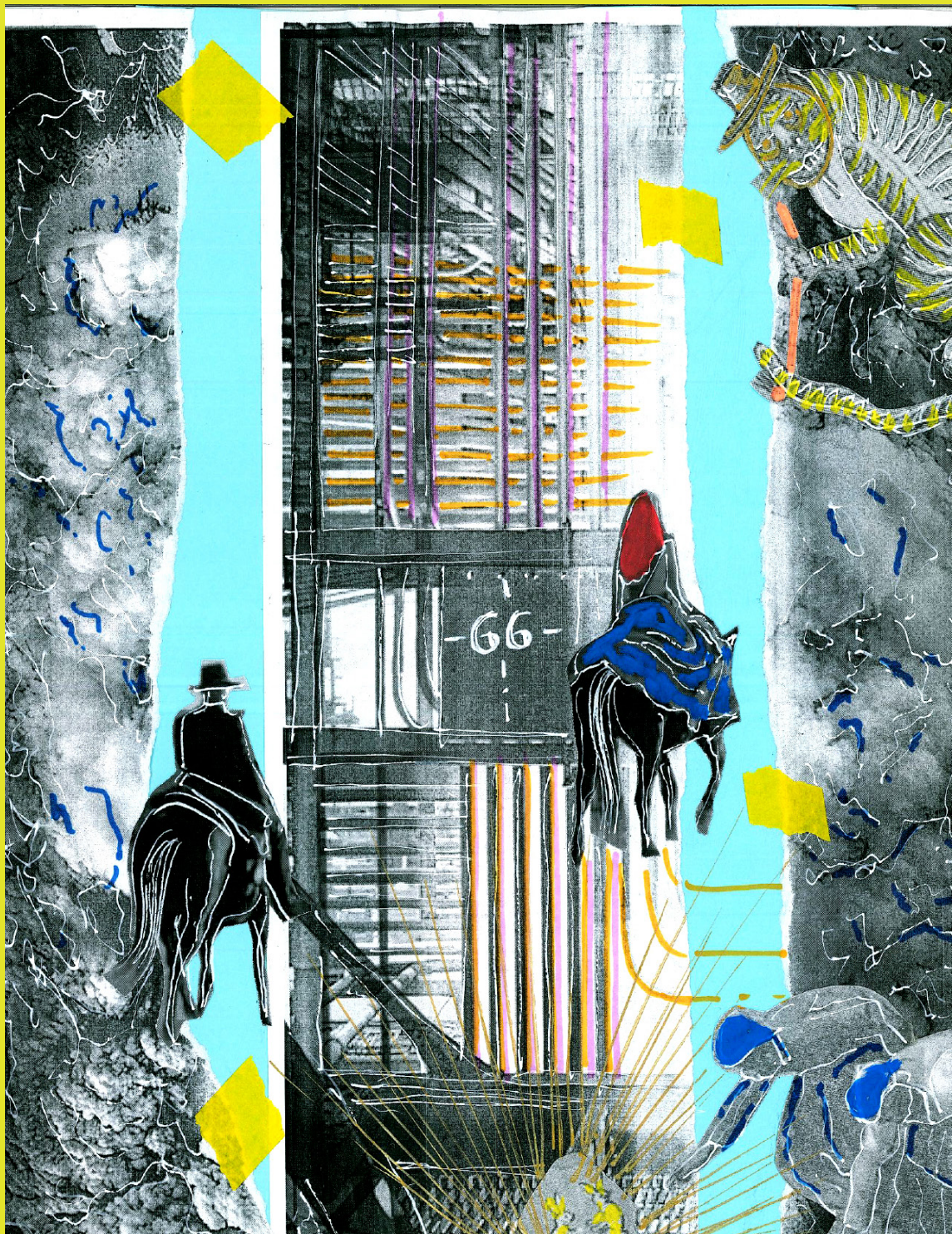
Una pandilla con sus tatuajes de sicarios acechan a la vecindad buscando algún desprevenido al cual despojar. Si me escondo en la tienda sabrán que les tengo miedo, peor aún atraquen a Gloria, la anciana con la que convivo. Los sigo apenas se acercan a la estación del bus, atento a cada grosera palabra que escupen. Un escalofrío recorre mi espinazo cuando empiezan a susurrar. Uno se acerca a la entrada, le ladro hasta que se aleja. Sus amigos se ríen de la cara que puso cuando esquivó mi hocico. Probando su valía regresa a enfrentarme pese a que la ruidosa orquesta de cuatro ruedas llega a la estación. Desisto de darme una patada cuando ve que el bus está a punto de arrancar. Satisfecho por la jornada de vigilancia; bato la cola al recibir la recompensa de Gloria, una caricia y los sobrados del almuerzo.



Jaiver García (1996). Ingeniero civil, cofundador y editor del Colectivo literario La Pedrada.

Poemas

Julián Mendoza



MIL POR MIL

Pescador

Se estrella en el casco la espuma del agua, aguas
[que deambulan entre el sol de la tarde
y la luna que sale entre nubes rojizas,
atrapado en sueños el escritor rema y mueve la
[proa en dirección al aleteo de unas
palabras a lo lejos, palabras que saltan en el vacío de
[lo que puede ser,
cielo mitad azul cobalto y mitad dorado, lanza la red
[para pescar sus nuevos versos,
parientes de generaciones pasadas que le ayudan
[pescando en las estrellas,
pescan para él atardeceres, nostalgias, anécdotas,
[domingos de besos y fotos para su
inspiración,
cardumen que se convierte en un texto, en páginas,
[capítulos, libros,
poemas.

Cigarrillos

Yacen como pequeños soldados blancos, casi
[marineros en sus uniformes,
tirados en el campo de guerra, tierra que sale de su
[cuerpo,
como mártires de conflictos diarios, fueron los
[mejores amigos de los labios y las
ojeras,
conversaciones de combustión y tabaco, también
[hablaron con el cristal de las botellas,
con café y tardes de sol con llovizna en silla de
[plástico en el patio,
hablaban con la soledad de quien los sostenía,
luchaban contra el viento para que sus cenizas no
[tocaran los ojos pues estos hablaban
con el horizonte y aves lejanas,
hablaron con novelas y a veces sus cuerpos
[incinerados manchaban las páginas y se
mezclaban con la tinta.

Miran a lo Lejos

Miran a lo lejos buscando nubes negras, pero solo
[ven azul,
lo único que siguen canalizando las tejas son
[fuertes sequías y polvo que viaja,
rojizas de barro cocido las tejas marselesas vigilan
[las tardes, sedientas,
canta el viento y se mueven las plantas rodadoras,
[como brujas en pleno día, vuelan,
sin agua para sus hechicerías,
una botella que se tomó la última gota de lo que
[contenía, se mueve sola a donde
quedaba el río,
quiere contactar con los fantasmas de la lluvia,
[pero se queda estancada en la tierra,
es estudiada por los buitres.

Campamento

Campamento en un bosque siniestro,
lo protegieron,
le dieron al niño luz y lugares que visitar en la
[noche,
pobre niño, pensaban,
no importa cuántas guerras haya afuera,
no importa el peligro de unas tijeras,
las sábanas, junto a la linterna, el libro y la cama,
prometieron cuidar al niño de sus padres.



Julián Mendoza nació en Cartagena (Colombia) el 7 de enero de 1989. Graduado de Diseño Industrial de la Pontificia Universidad Javeriana actualmente se desempeña como docente de lenguas. Sus textos buscan construir un puente entre el lenguaje y el mundo surrealista de un escritor; un intento de plasmar en papel las mil vidas de un artista.

En espiral

Leandro Tarazona



MIL POR MIL

Habían discutido. Últimamente discutían mucho, sobre todo por dinero. Siempre escaseaba. Esa noche no habían discutido por dinero, pero daba igual. Habían llegado a un punto en el que sabían que la disolución era inminente. La cotidianidad se había vuelto muy previsible. Antonio había estado hablando con un amigo de la universidad para que lo recibiera por lo menos quince días.

El problema era Mateo, no quería separarse de él. ¿Por qué tenía que ser todo tan complicado? Apenas estaba dando sus primeros pasos. A él le gustaba grabarlo todo. Se acomodaba en el suelo y desde su teléfono grababa al bebé mientras luchaba para levantarse. Lo enfocaba agarrándose del sofá y tomando impulso para mandar el pie hacia adelante. Editaba el video, le insertaba alguna canción y lo subía a Instagram. Diariamente. Una bitácora de crecimiento de Mateo. Pensó que si se iba del apartamento lo más probable es que no lo viera crecer. Quizás con el tiempo el niño dejaría de quererlo. ¿Mateo me quiere? Se preguntó. A lo mejor no, de pronto ni siquiera sabe quién soy, se dijo mientras iba a la cocina por un vaso con agua.

Tomó un sorbo y el resto lo vació en el lavaplatos. El agua sabía a metal y tenía un fuerte color café. Regresó a la sala y terminó el párrafo que había dejado por la mitad. Escribía un artículo sobre la explosión de Cali en 1956: “Seis camiones repletos de dinamita que encendieron 26 manzanas de la sucursal del cielo. El fuego como castigo, la maldición del tirano, ¿Hasta cuándo enterraremos a nuestros muertos por una guerra sin sentido?”. No le gustó, pero tampoco tuvo ánimos para borrarlo. La pelea lo había dejado embotado.

Tenía pensado enviar el artículo al mediodía. Necesitaba la plata para irse. Quiso fumar, pero tendría que salir del apartamento y estaba haciendo mucho frío. Qué situación más miserable, pensó, me lo merezco por cobarde. Sara ya estaba durmiendo, escuchaba sus ronquidos. ¿Cómo lo hace?, pensó, con cada pelea me vuelvo mierda. Ella en cambio, puede seguir como si nada. Pensó acostarse en la sala, pero el sofá tenía un resorte torturante. Un par de meses antes intentó dormir una noche allí y estuvo con dolor de espalda por lo menos una semana. Me acomodo en la cama lo más alejado posible de ella, no quiero ni tocarla, pensó.

Cerró la pantalla del computador. Caminó hasta la cocina y apagó la luz. Las luces del edificio del frente se reflejaban en la pantalla del televisor apagado. Mientras se acostumbraba a la oscuridad se fue acercando a la ventana. Pasó un taxi y levantó el agua de los charcos. Había llovido toda la tarde y ahora sentía el frío que bajaba de los cerros. La casa está incendiándose, pensó, el problema es que no vemos las llamas.

Con el mal sabor que le había dejado el agua, caminó hacia la alcoba. Abrió la puerta, estaba completamente a oscuras por las cortinas. Sara no podía dormir en un ambiente iluminado, cualquier rayo de luz perturbaba su sueño. Cerró la puerta. Arrastró los pies para no tropezarse. No podía ver nada. Estiró su mano para sentir la pared y guiarse. Estaba fría, después de tocarla sintió que sus dedos se movían. Avanzó un par de pasos y dobló hacia la izquierda para buscar su lado de la cama. Sintió que el frío le subía al cuerpo desde los pies. Tocó la cama y lentamente se fue sentando para acomodarse. Al

acostarse jaló hacia su lado las cobijas para cubrirse. Las sintió más gruesas de lo normal. No tenía almohada. ¿También me la va a quitar? pensó, me tengo que ir, ojalá me pudiera ir mañana. Sintió que el cuerpo de Sara se movía hacia él, pero no quería tocarla. Se arrinconó hasta donde físicamente era posible sin caerse, le dio la espalda. Una manita lo tocó y escuchó una especie de suspiro angustiado. Antonio entendió que algo raro estaba pasando.

-¿Papá? - una vocecita se escuchó en la habitación.

Antonio saltó de la cama. ¿Una niña? ¿Qué era lo que estaba pasando?, pensó. Perdió el equilibrio y al estirar su brazo para sostenerse de la pared no encontró nada. En ese espacio debió encontrar una pared. Al caer golpeó su cabeza tan fuertemente que pensó que a lo mejor se la había abierto. Se tocó, pero no sintió humedad, solo pudo percibir el ambiente enrarecido, parecía que alguien hubiese rasgado un almohadón de plumas. La niña gritaba tan fuertemente que se le hacía imposible articular cualquier pensamiento. Escuchó pasos que se acercaban, una puerta que se abría, y mientras Antonio se levantaba del suelo se encendió la luz y vio aparecer a un hombre mayor con una correa en la mano. ¿De dónde habrá salido este tipo? Pensó. El hombre se había puesto blanco al ver a Antonio y tuvo que apoyarse de la puerta para no caer. Antonio se levantó y extendiendo sus brazos les gritó: ¡váyanse! ¿Qué hacen en mi casa? Le había extrañado su tono de voz, mucho más grave. Miró a su alrededor y entendió que no se encontraba en su alcoba matrimonial. ¿Y Mateo? ¿Dónde está Mateo?, pensó. El hombre se había puesto una mano en el pecho y cayó a un

lado de la cama. Antonio quiso salir de la habitación, mientras caminaba veía como caía paja por todo el lugar. Corrió hacia la puerta y al cruzar hacia el pasillo se encontró dentro de otra habitación.

Un niño estaba sentado junto a su cama y levantaba un carrito, como si estuviera saltando por un acantilado. Cuando vio a Antonio se quedó congelado. Se puso el dedo en los labios rogándole que se mantuviera callado. El niño comenzó a temblar y cerró los ojos. Antonio se acercó a la ventana. Estaba en Bogotá, podía ver a lo lejos los cerros orientales. Dio vuelta y salió de la habitación, apareciendo en un salón lleno de camarotes alineados en cada extremo. Sentía que estaba en una especie de internado. Entre la oscuridad pudo ver otra puerta. Mientras caminaba hacia ella vio cómo los cuerpos se levantaban de las camas. Alguien encendió una linterna. Lo alumbraron. Escuchó los gritos de los niños. Las paredes eran altas y en las ventanas podía unas siluetas con forma de cuervos.

¿Qué es lo que está pasando?, pensó. Esto tiene que ser un sueño.

Se detuvo en la mitad del salón y se devolvió por dónde había entrado. Abrió la puerta. En la siguiente habitación, un par de niños estaban arrodillados rezando. Cuando vieron a Antonio cerraron los ojos y siguieron orando, pero en voz alta. Iba a devolverse cuando vio un espejo al fondo. En el espejo aparecía un hombre de paja con sombrero, la ropa hecha pedazos y en vez de ojos un par de botones. Mientras se acercaba al espejo veía crecer la imagen del hombre de paja. Miró sus manos, pero no veía nada extraño, sin embargo, en el espejo estaba su reflejo aterrador. Se dio vuelta, abrió la puerta y salió co-

rriendo. Abriendo y cerrando puertas, cruzando por habitaciones y aterrando niños a su paso. No podía pensar. Estaba confundido. No sabía qué hacer.

Cruzando puertas, finalmente llegó a la habitación de Mateo. Había regresado a su casa. El niño dormía. No quería que su hijo lo viera como el hombre de paja, así que fue hacia la puerta y siguió adelante, sólo para aparecer de nuevo en la habitación de Mateo. Volvió a abrir la puerta y al cruzarla llegó al mismo lugar. Estaba atrapado.

Es un sueño, pensó. Esto no es más que un sueño. Se acostó junto a Mateo y comenzó a respirar cada vez más lento. Cerró los ojos y fue contando regresivamente desde el número diez mientras respiraba cada vez más lento.

Abrió los ojos, estaba en su cama. Unos pocos rayos de luz se colaban en los bordes de las cortinas. Ya amaneció, pensó. Después de sentir alivio por terminar la pesadilla recordó el artículo que todavía tenía pendiente. Intentó moverse, pero era imposible. Estaba paralizado. Le ordenaba a su cuerpo moverse, pero su cuerpo no le respondía. A pesar de ello sentía todo lo que le pasaba a su alrededor, el peso de las cobijas, el frío que se filtraba por el pie que tenía descubierto. El movimiento del torrente sanguíneo. Podía percibir cómo sus orejas latían al ritmo de su corazón. Fue entonces cuando escuchó los gritos, eran gritos de niños, de cientos de niños. Un sonido que lo llenaba todo. Gritos que rebotaban en su pecho. Comenzó a sudar y sintió que Sara se movía. Quería pedirle ayuda, pero no podía. Sintió que la puerta se abría y lo vio entrar, era el hombre de paja. Entre más se acercaba el sonido de los gritos de los niños se hacía más fuerte. El hombre de

paja caminaba exagerando sus movimientos, como si temiera que escucharan sus pisadas. Se quedó de pie frente a Antonio y lo saludó con un pequeño movimiento de manos. Le quitó la cobija de encima y comenzó a poner sobre el cuerpo de Antonio retazos de piel, algunas secas, otras goteaban sangre. Antonio intentaba llamar a Sara, pero no podía hablar. El hombre de paja se acercó al rostro de Antonio y le abrió la boca, agarró su lengua y de un jalón se la sacó.

El que mucho habla, mucho yerra; el que es sabio refrena su lengua, dijo el hombre de paja.

Antonio sintió desvanecerse, una especie de bomba se había inflado en su vientre. El hombre de paja se fue acostando junto a Antonio y le dijo antes de que perdiera el conocimiento: Un nombre es solo un nombre. Yo tengo muchos: Bubak, el espantapájaros, el hombre del saco. No importa cómo me llamen, yo soy el mismo, pero desde hoy me llamaré Antonio, tendré un nombre como cualquier otro. Cuando llamen a Antonio, yo atenderé y asistiré. Y conmigo vendrá la desolación.

En ese momento Antonio se desmayó.

Tuvo dolor de cabeza toda la mañana. Sara madrugó y llevó al niño al jardín infantil. Antonio aprovechó el tiempo libre para terminar el artículo. Cuando lo envió, sintió que daba punto final a una etapa de su vida. El artículo fue publicado y le ofrecieron en la revista un contrato favorable en la unidad investigativa. No lo pensó dos veces: aceptó la propuesta y una semana después recogió sus cosas del apartamento.

La separación fue sorprendentemente amistosa. Al comienzo pactó con Sara que visitaría a Mateo

cada quince días, pero debido a la dinámica del trabajo de Antonio y los viajes que se convirtieron en una constante, las visitas se fueron espaciando. Se convirtió luego en una visita mensual, y sin darse cuenta pasó casi seis meses sin ver al niño. A veces salía de la oficina para llamar a Sara y pedirle que pusiera a Mateo al teléfono. Lo escuchaba un rato y volvía a trabajar, sentía que le hacía bien, lo tranquilizaba.

Meses después fortalecieron el equipo de la revista, la demanda por nuevas denuncias de corrupción los llenó de trabajo. Antonio pasaba todo el día en la oficina, comenzó a fumar más y vio como perdía pelo diariamente. Los artículos semanalmente publicados eran noticia, siempre había expectativa por el nuevo material. Antonio sentía que debía hacer un esfuerzo para verse más con Mateo, pero nunca encontró la forma. A veces llamaba a Sara y ella le recordaba que eran las nueve o diez de la noche. El niño ya dormía. Antonio se excusaba y regresaba a la redacción, encendía un cigarrillo y comenzaba a teclear de nuevo.

Cuando Mateo cumplió ocho años, Sara se fue a vivir a Vancouver con una prima. Allí se estableció rápidamente y a los dos años se casó. Por esos días Antonio compró un apartamento con vista a los cerros orientales. A veces llegaba cerca de la medianoche. Antes de dormirse tomaba una copa de whisky y fumaba un par de cigarrillos. Disfrutaba estar solo y descansar su mente del ajetreo permanente del trabajo. Miraba las luces de los apartamentos más lejanos, imaginaba una historia en la que todavía vivía con Sara y Mateo. Una dulce melancolía lo arrullaba, y arrastrando los pies se acostaba a dormir.

En los correos que le escribía a Mateo le prometía visitarlo pronto, pero nunca pudo organizar sus vacaciones. Los meses pasaron volando, había pasado años sin ver a su hijo. Pudo viajar para verlo recién cuando cumplió trece años y toda la experiencia le dejó un gusto agridulce. Mateo era para Antonio un desconocido. Se había convertido en un hombretón gigantesco con el que no tenía nada en común. Y lo que era peor: debido a que había dejado de hablar en castellano, paulatinamente lo había olvidado. Afortunadamente Mateo no era un idiota lleno de violencia, como los hijos adolescentes de sus amigos. Al pensarlo mejor, vio en su silencio melancólico gran parte de su propia adolescencia. Regresó a Colombia y aunque había prometido regresar pronto, no tenía la menor intención de cumplir su palabra.

Se propuso mantenerse soltero. Había descubierto rápidamente con Sara que la vida de casado no era lo suyo. Tuvo unos amoríos poco interesantes que transcurrieron entre la modorra y la rutina. Comenzó a beber todas las noches y en ocasiones en la oficina. Por ese tiempo ganó su primer premio de periodismo, entre celebraciones y ascensos se vio enfermo por el alcohol. Su carácter se había vuelto agrio y tendía a reñir con facilidad.

Dormía cada vez menos, por la madrugada comenzó a escribir una novela corta que tenía desde los tiempos de la facultad en borrador: En la novela, un grupo de amigos del colegio se reunían después de veinte años para vengar el suicidio de un miembro del grupo que había sido abusado por un profesor. Por ese tiempo inició también una serie de investigaciones sobre escándalos de corrupción que le trajeron amenazas, un esquema de seguridad con

escolta, y su segundo premio de periodismo. Publicó la novela y mientras recibía críticas positivas en su primer intento en la ficción, recibió una llamada de Sara: Mateo se había suicidado. Una mañana de abril Sara lo había encontrado en su habitación, colgado de una de las vigas.

Viajó a Vancouver. Estuvo con Sara y su esposo durante quince días. Hablaron de su temperamento, siempre callado y triste. Una terapeuta no descartó que a lo mejor le afectó mucho nuestra separación, dijo Sara, pero me parece increíble, cuando nos separamos ni siquiera hablaba, era muy pequeño todavía. El marido de Sara se veía muy afectado, había criado a Mateo como su hijo.

A mí me da mucha pena porque yo en el fondo sentía que era una posibilidad, pero siempre estuve en negación, le dijo el hombre mientras se secaba las lágrimas, mira nada más a dónde nos trajo la negación.

Antonio estuvo mirando durante horas las fotografías de la familia, tratando de ser parte de momentos que había ignorado. Comprendió que no ganaba nada en ello y al día siguiente tomó el primer vuelo de regreso a Colombia.

Decidió esconderse en el trabajo. Con la unidad investigativa revelaron las relaciones entre bandas de narcotraficantes mexicanas y políticos colombianos. Sufrió dos atentados. El primero fue un petardo de bajo poder que destruyó computadoras y rompió vidrios. Para el segundo atentado salía de un restaurante en la Macarena y le dispararon desde una motocicleta. Recibió un tiro en el hombro y después de eso se fue a vivir seis meses a España. Durante el exilio escribió una columna de opinión semanal y

su segunda novela: una historia sobre los niños perdidos del desastre de Armero. Mientras estuvo en España su insomnio se agudizó, se sorprendía llorando sin razón aparente. Como una especie de terapia empezó a escribir un diario. Le puso un nombre: En espiral.

Al regresar a Colombia recibió su tercer premio de periodismo y publicó la novela escrita en España. Una creciente dificultad respiratoria le obligó a permanecer aparte de la unidad investigativa mientras se restablecía del todo. Le venían ataques de tos que lo dejaban sin fuerzas. Los resultados de los exámenes confirmaron sus sospechas: Cáncer de Pulmón. Una pequeña mancha negra había aparecido en sus pulmones.

Mientras avanzaba en el tratamiento llamaba a Sara casi diariamente. Al comienzo, ella recibió sus llamadas con frialdad, días después, cuando supo de su diagnóstico estuvo más abierta a la conversación. Antonio intentaba distraer el dolor de cabeza, de huesos, y la opresión en el pecho hablando horas con Sara. Intentaba no sonar desesperado. Se quedaban hablando horas de cualquier tema, desde el estado del tiempo hasta las últimas lecturas que habían tenido.

Una tarde Sara le dijo que, en los últimos días de Mateo, habían ocurrido muchas cosas fuera de lo común. Por esos días toda la región había sido invadida por pájaros. Estaban en los tejados, en los postes, sobre los carros. El cielo se había oscurecido y se veía como si se hubiera corrido una manta para tapar el sol. Los pájaros desaparecieron el día que Mateo murió, dijo Sara. Nunca más se volvió a ver algo parecido. A Sara todo le pareció aún más extra-

ño cuando después encontró un bloc de dibujos de Mateo. El niño siempre disfrutó dibujar cualquier cosa, pero con este bloc en especial se había concentrado en solo un tema: Pájaros, cientos de pájaros de todos los tamaños y colores. En solitario y en grupos. Sobre árboles, techos, postes y carros. En la parte final del bloc los pintaba volando alrededor de un gran espantapájaros. Antonio le pidió que le enviara algunas fotos por whatsApp. Cuando vio las fotografías se sintió enfermo y después de pedirle excusas tuvo que colgar.

Mateo había estado dibujando al hombre de paja.

El tratamiento no respondió como se esperaba, cada día sentía más dificultades para respirar. Tosía todo el tiempo y en ocasiones perdía la voz. En la última radiografía que le tomaron Antonio vio como la mancha negra se había expandido, le cubría casi todo el pecho. Entendió que la batalla estaba perdida y solicitó detener el tratamiento. Se recluyó en su apartamento a esperar que pasaran los días para morir. Volvió a fumar, sólo se levantaba de la cama para escribir su diario en el estudio. Un par de días después vio el primer pájaro frente a la ventana. Antonio entendió la dinámica de lo que venía a continuación: cientos de pájaros volando alrededor del apartamento, haciendo sus nidos en los postes y en los techos. En las noches se escuchaba el aleteo de los pájaros como el sonido de una tormenta tropical. Antonio no dormía, tomaba pastillas para mantenerse despierto, se asomaba a las ventanas, veía como los pájaros se lanzaban contra el vidrio. Comenzaba a toser, tenía que sentarse porque sentía que las piernas le temblaban.

A veces sentía que desfallecía, pero algo dentro de

él batallaba para mantenerlo despierto. Tomó agua después de un ataque de tos y escuchó cómo se rompía la ventana de la cocina. Al asomarse vio entrar cientos de pájaros al apartamento. Entró al baño y cerró la puerta. Escuchó el violento aletear de los pájaros, el ruido de sus cosas cayendo al suelo. Un ejército que arrasaba con su apartamento destruyéndolo todo hasta que se hizo el silencio. Después vino el horror.

Antonio escuchó el grito de los niños que se acercaba. Se recostó contra la puerta para contener la llegada del hombre de paja. El ruido de los gritos era insoportable y se sentía junto a la puerta, hasta que comenzó a escucharlo dentro del baño. Le vino un ataque de tos. Escupió sangre. Mientras trataba de tomar aire le vino otro ataque de tos. En esta ocasión escupió paja. Le vinieron ganas de vomitar y se recostó contra el inodoro. Los gritos lo tenían desorientado, comenzó a vomitar. Paja, de su interior brotaba paja. De su boca, de su nariz, de sus oídos. Arrastrándose fue hacia el espejo y se vio cubierto de paja y mientras sentía que la vida se le escapaba del cuerpo escuchó una voz que le decía: “Yo tengo muchos nombres, pero el que más me gusta es Antonio, porque cuando me llaman yo atiendo el llamado. No importa donde estés. Si estás desesperado en Colombia, exiliado en España, o incluso extrañando a tu padre en Canadá. Si me llamas, yo acudiré. Y conmigo vendrá la desolación”.



Abogado. Le gustan Bioy Casares, Bolaño, Foster Wallace y Vollmann. Escribe por venganza. Cofundador del Colectivo Mil por Mil.

De lo que hablan las piedras

Lucía Vargas



Miro la piedra en mi escritorio.
Un triangulo que parece un colmillo, blanco percutido
como el diente de un fumador.
Recuerdo la historia que me contaste:
metiste la mano en el río con mi nombre en la cabeza,
sacaste varias piedras, que fueron cayendo
hasta que solo quedó ésta en tu palma,
que fue a parar a tu bolsillo,
que la trajo hasta mi casa.
Fue el río el que eligió.

¿Cuántos años llevará aquí esta piedra?
te preguntaste al guardarla,
como quien sabe que la erosión
es el resultado del tiempo.

Levanto la piedra del escritorio, le doy vueltas.
Es suave, tiene los bordes redondeados.
Pienso en el ir y venir de esta piedra,
en la corriente del río.
¿Cuántos kilómetros habrá recorrido
para llegar hasta tu mano, hasta la mía?
¿Cuántas veces fue y volvió
sostenida en el arrastre de la corriente?

Creo que, aunque miráramos muy de cerca,
ni siquiera podríamos diferenciar
entre lo que viene y lo que se va.
No todo lo que se mueve avanza
y no todo lo que retrocede se estanca.

Hace poco leí que, al tirar una piedra al río, ya no es la misma.
Ahora, acá, quieta... ¿Esta piedra es otra?

Anoche me dijiste
que teníamos que volver a ese río juntas

y que teníamos que llevar la piedra
para devolverla adonde pertenece.
Nunca pensé en que eso fuera posible.
Todas las piedras que he recogido
las traigo a casa y las entierro en macetas,
esperando que las plantas les devuelvan algo
del movimiento que perdieron
al dejar de ser parte.

La piedra vuelve al escritorio
y siento
que este es
el lugar adonde pertenece.

Sin embargo, hay algo que no fluye desde que la trajiste.

¿No lo ves?
Somos
agua estancada
mientras
la vida
empuja
para adelante.

Y entonces pienso que, tal vez,
no se trata de lo que yo crea
o de lo que vos creas.
Puede que se trate de algo más.
Puede que se trate
de aquella pulsión
que vive en las cosas,
que se expande
como ondas invisibles
desde, por ejemplo, la base de esta piedra.

¿Y si dejamos que esas ondas nos alcancen?

Tal vez sea la piedra
la que nos habla ahora.
Dejemos que nos cuente
cómo se hace
para seguir
en el mismo río
durante años y años
siendo la misma y no,
limando asperezas
a punta de vaivenes.



Lucía Vargas nace en 1987 en Buenos Aires, pero crece en Caleta Olivia, un pueblo de la Patagonia argentina. Es Licenciada en Letras, con especialización en Pedagogía. Ha publicado tres libros: Todo el tiempo nuevo (Tyrannus Melancholicus Taller, 2016) y Por ser del Sur (Pensamientos Imperfectos Editorial, 2019) y Lo que tarda algo en irse (Tanta Ceniza Editora y Valparaíso Ediciones, 2021). Actualmente vive en Bogotá, es promotora de lectura, comercial en La Diligencia Libros y colaboradora en Revista El Malpensante.

La foto

Luisa Fernanda Varón Romero



Señor ¿cuánto me cobra por la cuidada? Y el viejo con chaleco fluorescente, mirada de soslayo y un amarre de pantalones a no querer, me dijo que mil. Entonces, me perdí con mis hijas y sus novios por entre las callecitas esas todas estrechas, adoquinadas y merendadas por piedras de 200 años. Buscábamos chicha barata en cada cuchitril, con esos ambientes bohemios de dos niveles hechizos y escaleras de madera vieja como para subirse a un camarote de cuatro pisos. Deambulamos algunos pasos torpes, con indecisión. Como si se tuviera todo el tiempo de un viernes por la tarde, como si al día siguiente fuera domingo, como si estuviéramos de vacaciones en algún ocioso y lejano lugar.

Pero me saltó el corazón y, al girar, alcancé a ver por encima de cabezas, gorros y crestas, el casco verde de la chupa. Entre brincos de pirata “pat’ecumbia”, pasando por encima del chorro—de Quevedo—entre la niebla de marimba de tanto “pelao” medio borracho que había, pude llegar hasta ella para rogarle con las lágrimas al borde y la respiración entrecortada. Le supliqué con las manos puestas como las de los niños cuando rezan al ángel de la guarda, doblando las rodillas un poco hacia abajo, como un resorte de Paper Mate, con ese gesto de “por favor, por favor, por favor”. Le expliqué toda la situación de huérfana recogida que tenía en la vida, de despojo y de tragedia, como la de una idealista que se quitó la camiseta de las multinacionales para chupar del polvo y el ruego callejero por papelitos escritos a mano con versitos románticos para novios universitarios.

Era demasiado tarde, tarde, tarde como la puesta del sol sobre la primera. La bendita ya había hecho

lo que tenía que hacer, y se movía entre los espacios de un carro y otro, un parqueo y otro, un chofer y otro. —“Movilícese ciudadano”. No hubo poder humano que le ablandara su corazón verde tabaco, y de verdad, oiga—de mujer a mujer—ni por desempleada, ni por menguada, ni por ser una madre que se encuentra con sus crías en la calle porque no hay otro lugar de visita. Solo porque así es la tecnología, automática, rápida, inmediata, insobornable, irreversible, contundente.

Mi menor se terció la mochila y la alcanzó dos calles abajo, y con su carita contrita le explicó que la culpa fue suya, que no debieron insistirme para abandonarla ahí a merced del viento, metió sus manos entre las mangas del saco de lana, haciéndole pucheros de consideración, y nada.

Mientras recibía consuelo de mi mayor, que se porta de cuando en cuando como una madre conmigo y con su hermana, me limpiaba con un pedazo de servilleta rayada los moquitos aguados que me bajaban como grifo abierto desde la conciencia a través de las fosas—nasales—, mientras me lamentaba de tan terrible decisión de adolescente tardía, el supervisor de las reclutas—un treintañero feliz con uniforme—que observó el episodio desde la acera del frente sin entrometerse, y juraría que hasta con una sonrisita “davinciana”—ese gesto intrigante e indescifrable de Gioconda a la colombiana—finalmente se fue caminando cerro arriba con sus botas de marcha, abandonando la escena con la satisfacción del deber cumplido.

Observándolo dos calles abajo a través de su espejo retrovisor, la mujer montada en su corcel de latas le susurró algo en el oído a mi menor, quien la

inquiría insistentemente por un perdón.

¿Qué te dijo?

Dijo que lo hecho, hecho estaba. Que no ver las señales o ignorar la norma no te exime de asumir las consecuencias. Pero que posiblemente no te va a llegar nada.

¿Por qué?

Porque la famosa plataforma es manual, y de entre miles de foto—multas que se toman en toda la ciudad, se escogen unas pocas a dedo y al azar.

Aunque seguía temblando, de ira y de estupidez, me puse el casco de un solo envión, guardé los guantes en la cajuela tan parecido al rabo de las hormigas santandereanas, y al encender mi motico señoritera para bajarla hasta un parqueadero en la Quinta, apareció el “hijuemadre” cucho del chaleco naranja dizque a cobrar.



Luisa Fernanda Varón Romero es magister en Comunicación Educación en la Cultura, especialista en comunicación educativa, periodista, escritora en formación, cofundadora del Colectivo de Escritura Comunitaria Cromosema. En el 2019, fue favorecida con las becas de escrituras creativas que otorga IDARTES, en el género Novela, con la maestra Fernanda Trías, y Escrituras Creativas en Narrativa y Poesía de la Localidad de Kennedy, taller que cursó con el maestro Jorge Valbuena. Es ibaguereña, motera, feminista y desde la poesía busca generar reflexiones con enfoque de género, para estimular el pensamiento crítico descolonial. Sus artículos culturales y textos literarios han sido publicados por medios de comunicación y algunas obras colectivas feministas como “Contadoras de Historias, relatos de mujeres para no olvidar”, revistas y medios alternativos.

Anfibios plásticos

Radiolamar



Ella estira la pierna hasta rozar con la punta del zapato la calle.

Él jala la cuerda para enrollar el blackout. Abre un poco la ventana, y el sol y la montaña y el viento y el ruido de la ciudad, entran en la alcoba.

Ella piensa en cuántas personas en el mundo rozan con la punta del pie otra piel en este momento.

Él caminó con gran dificultad hundiendo los pies en una superficie mullida hasta agarrarse de dos antenas entre los ojos de una abeja gigante.

Ella piensa en cuántas personas levantan las manos y cierran los ojos al tiempo que tocan levemente el chorro del agua. En la niña que estira el pie hasta tocar el río helado. En la mujer que la esperaba con los brazos abiertos mientras sonrío.

Él se sienta en el borde de la cama, ve su reflejo en la pantalla del televisor. Le dispara un poco de agua con el atomizador a la mata que no tiene raíces, una, dos, tres, cuatro veces.

Ella se sienta en el borde del andén.

Él camina hasta el baño. Orina.

Ella acerca al oído el encendedor, donde un jefe sioux con penacho de plumas y cachos de búfalo mira hacia la oscuridad. Oye la rueda que activa el sistema al encender la llama. No es rueda, es hexágono.

Él prepara un café. Tuesta una arepa. Coge dos huevos, lee en la cáscara “quédate en casa”, los rompe, los fritas. Bota las cáscaras en la basura.

Ella es una mujer zurda que recuerda a la mujer que sonreía mientras despresaba un conejo, una gallina, una cabra. Eso era, es, solo algo de lo que piensa mientras fuma con la displicencia del jefe Sioux. Él abre el computador y da play a in/rainbows. Pien-

sa en el parecido aterrador que tiene Tom Yorke con el dueño de un bar pequeño, metálico y plateado donde conoció a la bartender del parche negro en el ojo que sabía a ese trago grande y barato hecho con las sobras de las botellas de tragos blancos y Pepsi. Ella termina de fumarse el cigarrillo y lo apaga en la suela del zapato derecho. Se levanta. Mete los dedos en los pasadores del jean y se los sube. Camina por el andén. En unas pocas cuerdas contestará una llamada, va a decir que sí, después va a pensar que mejor hubiera dicho que no. Va a encender varios cigarrillos esa noche. Va a tomarse más tragos de los que se había prometido tomar. Va a comprar una nueva cajetilla. Va a golpear la cajetilla contra el borde de una mesa antes de abrirla, un movimiento que repite sin pensarlo, un tic. Va a volver caminando por el mismo andén. Va a botar la cajetilla vacía en una caneca redonda de acero reluciente donde se reflejan las luces de los postes y la pequeñísima llama de su encendedor. Va a encontrar la cola plástica con escamas tirada al lado de la caneca. Va a pensar en el animal al que le crece la cola cuando se la cortan. Va a pensar que esa podría ser una pésima metáfora de las que usan los motivadores. No va a recordar el nombre del animal. Ese pensamiento se convertirá en astilla. Intentará dejar de buscar el nombre, no lo va a lograr. Sabe que es un reptil de colores brillantes. Ella dice, piensa: no me acuerdo del puto nombre. No va a abrir Google. Va a recordar que vio en Instagram a un ser inmortal. Una medusa que en su edad adulta puede revertirse a una edad sexualmente inmadura de forma individual y va a pensar que ese ciclo de vida eterna es lo más parecido al infierno. Va a querer reenviarle esa historia. Buscará en

sus contactos y sabrá otra vez que a la única persona que le interesan esos datos la ha borrado. No le pondrá un like a la medusa de Instagram. Va a volver a mirar al jefe Sioux.

Él escribe una lista de razones para no trabajar:

- Un meteorito.
- Terminar *The Americans*.
- Terminar de leer la novela luminosa.
- Tender la cama.
- Ir a la lavandería.
- Hacer una lista de lo que me encuentro en la calle.
- Conseguir el nombre de la fábrica en China donde hacen copias de Rothko.
- Conseguir la copia de la *National Geographic* de mayo del 72.
- Terminar de leer los libros pendientes.
- Hacerle un roto al frisbee.
- Averiguar por el ciervo de bronce que le robaron a la escultura de San Francisco.

Ella entrará a su apartamento, se quitará los zapatos, llevará la ropa hasta la lavadora. Se preparará un café. Sacará de la carterita amarilla la cola del lagarto plástico.

Ella se pondrá los audífonos y buscará: “La Electricidad” de McEnroe.

Él baja el Godzilla de plástico de la repisa, le quita la cola y saca los papeles donde escribe pequeñas frases que nunca termina, los mete en el lavaplatos arma un pequeño y frágil tipi. Enciende la lista que acaba de escribir, acerca la llama. Lo quema. Mete en la basura las cenizas, el muñeco de plástico y la arepa quemada.

Ella usará la cola de plástico como micrófono.

Él lava los platos. Baja las escaleras y camina hasta la brillante caneca de acero.

Ella cantará muy pasito, y aparecerá, tal vez, escondida entre las frases de una palabra brillante y resbalosa: Salamandra.

Copiado por Radiolamar
mientras otro helicóptero pasa por encima
de este techo.



Obrero.

Boris

Santiago Galeano Rojas



Boris Junco presentía que aquel día, sí o sí, iba a llegar.

Mañanas antes, él estaba sentado en la cafetería de su empresa, solo, comiéndose un sándwich de atún y mayonesa dentro de un pan Bimbo. El televisor estaba encendido en un canal de noticias internacionales. Boris Johnson era la tendencia, el breaking news. El primer ministro británico preparaba el discurso del Brexit. Nuestro Boris, el oficinista, comparaba cómo su tocayo tenía más suerte que él, cómo dos Boris J en el mundo podían ser tan distintos; uno con poderío, el otro, “cubiculizado”.

—Junco, se le acabó el tiempo del break. A trabajar pues, que a usted no le pagan por sentarse en la cafetería.

El mensaje de WhatsApp que recibió de su supervisor lo asustó tanto que, al levantarse, derramó el sándwich sobre su cuerpo, manchando la corbata y la camisa de atún y mayonesa. Hediondo a pescado regresó a su cubículo de 3 x 3, notó miradas extrañas a su alrededor. Notó que Valentina, la compañera del cubículo del lado, hizo un gesto de asco y se tapó la nariz.

Las montañas de papel reposaban sobre el cubículo de Boris y el computador estaba a punto de reventar de alertas por los mensajes no leídos. Boris Junco también preparaba su exit. esperó a que el reloj marcara las cinco de la tarde para poder regresar a su casa siguiendo la misma aburrida rutina, cansado de todo: apagar el pc, medio organizar el cubículo (acomodar la montaña de papel dándole golpecitos laterales para que quedaran alienados), lavarse las manos, revisarse frente al espejo su peinado lamido de vaca (como Valentina solía llamarlo en son

de burla), pedir el ascensor, marcar la tarjeta en la recepción, caminar cerca diez minutos hasta la estación de Transmilenio del Virrey, hacer fila por media hora debido a la multitud; aguantarse los empujones de la gente, el mal aliento de muchos, la chucha de otros y los infaltables pedos que se tenía que tragar (sin poder cubrirse la nariz porque con una mano se apoyaba de la gente para no caerse y con la otra protegía sus pertenencias); caminar como pingüino dentro de la estación hasta llegar al vagón que lo llevara al occidente de la ciudad, poguear para poder medio subirse al sexto articulado (que ya venía tediado de gente) y quedar espichado entre la puerta y el tipo gordo que siempre se subía con él (a veces se saludaban con la ceja alzada, como si fuesen conocidos del sistema); ya dentro del bus, soportar pisotones, cogidas de nalga y algo más, oír al rapero desafinado, al extranjero que regala dulces e intercambia adivinanzas, al ciego que le pega con su bastón, el loco de la calle que cuenta historias para que le den monedas, las dos viejas chismosas contando quién llegó tarde al trabajo, el que le pide permiso al profe de la universidad por no tener la tarea; el enamorado, la despechada, los de otra ciudad, y un sin fin de voces que no hacen llevadero el viaje a casa; el sofocante y faltante oxígeno le recuerdan que huele a atún y anhela quitarse todo el peso de la oficina.

—Mijo, saque al perro que estoy viendo noticias
—le grita la mamá de Boris para que él remate su bodrio de día.

Cenar, ver el reality show del canal Caracol y pensar en su supervisor jodiéndole la vida (Boris aseguraba que el señor tenía algo contra él) eran las

noches imperfectas para un oficinista oprimido.

La rutina de las mañanas era exactamente la misma. Boris creía que la propia rutina ya odiaba su vida y quería huir de Junco. Boris estaba harto de su cubículo, del supervisor y de la oficina. La única persona a la que no lograba odiar era a Valentina, la vecina de la derecha. Compartían dos cosas, papeles para digitalizar y archivar y la pared del cubículo que los separaba:

—Valentina. Buenos días. ¿Se va a dejar invitar el almuerzo?

—¡Ay!, tan lindo usted. Pensé que nunca me lo iba a pedir.

—Si quiere, también vamos a cine, ¿se anima?

—¿En serio, Boris?, no tiene que ponerse en esas, je je je, me da pena.

—Fresca. Le escribo por interno, a las doce, ¿de una?

Le cerraron la puerta del Transmilenio en la cara por andar soñando cómo hablarle a su enamorada en secreto. Por pensar en gastarse lo de la quincena en quien lo ignoraba y juraba que Junco era su segundo nombre, no su apellido. La irritación de Boris no era propiamente por ser oficinista. No se sentía menos con su oficio, lo que le rayaba la mente eran las labores del oficinista en sí. Tener soliloquios a diario con una máquina que también lo ignoraba, usar trajes con corbata, breaks de veinte minutos sin compartir palabra con alguien, vivir con las manos reseca por el papel y con frecuentes cortadas en los dedos pulgares; ser mandado por un supervisor mayor que él, pero más fracasado aún: su jefe botaba diminutas gotas de saliva al hablar (estas iban a parar en las caras de sus interlocutores, en los lentes de

las gafas de Boris casi siempre), el señor sorbía sus lagunas salivales a propósito, para molestar a Boris, sobre todo.

Nuestro oficinista llegó veinte minutos después de la hora de entrada, le dio papaya a su supervisor para que terminara de irritarlo:

—Junco, otra vez tarde. ¿Se le varó el bus o qué cuento chimbo tiene?

En la oficina, incluida Valentina, quedaron inmóviles, con las manos sobre los teclados, un uuuu se oyó levemente.

—Me tiene mamado con su comportamiento —el supervisor continuó con su sermón—. Su falta de compromiso (botando saliva sobre la pantalla del pc Boris). Le voy a hacer un memorando con copia a su hoja de vida, me oyó, para que a la próxima lo echen, gente detrás de us...

Las últimas palabras se perdieron en el aire cuando el jefe se marchó, lanzando manotazos, maldiciendo a su subordinado.

—«Pare ahí, viejo de mierda. El que está mamado con usted soy yo, viejo sapo, pendejo y amargado. ¿No se le ocurren más cosas que joderme la existencia y llenarme la jeta con sus babas? ¿No tiene nada más que hacer en esta oficina?» —Boris terminó el madrazo en su mente.

Se dispuso a agredir a su jefe, con un par de lágrimas caídas y la vena de la frente brotada, se levantó de su cubículo y tomó un bisturí con la mano derecha. Tras dar el primer paso para abalanzarse sobre el supervisor, Valentina lo detuvo de la cintura:

—No sea pendejo, Boris. No la vaya a cagar.

FIN



Santiago Galeano Rojas. Nació en Bogotá el 24 de septiembre de 1986. Es Licenciado en Humanidades e Idiomas y Magíster en Creación Literaria. Se desempeña como docente de inglés y español. En su quehacer literario busca contar historias que dejen algún mensaje en los lectores: Decir algo que, entre capas o no, les haga cuestionarse sobre las instituciones, la sociedad, el país y el mundo en general. Actualmente está en edición su primera novela bajo el sello de Calixta Editores. Sus gustos literarios se inclinan por el género narrativo, principalmente novelas negras, policíacas, de sátira, de ficción, ciencia ficción, del movimiento gótico y realistas. Sus hobbies son el fútbol, cocinar, la música, los videojuegos, los viajes y las charlas sobre temas de actualidad general y política, básicamente.

Al aire

Recording_10_mp3.

Yulieth Mora Garzón



Al aire

Me hice un manual
para leer las nubes
te escribo en las noches
para aflojar la mano
deshacer un puño
porque estoy en vivo
en prime time
viendo el fin del mundo
por la ventana

todas las mañanas
los crematorios
lanzan columnas
de humo blanco

me pregunto
qué hará Dios
con tanta gente en el aire

ayer vi a una mujer
caminar
respirar
hablar
por última vez
y ella no sabía
y yo no sabía

hoy tomé
el sol de la mañana
para el sol de la tarde
tuve que hacer fila
después tomé café
lo mezclé

en todas las direcciones
para ver si algo cambiaba
pero no
seguimos aquí y allá
abriendo los mismos libros
en las mismas páginas
cerrando los ojos
en adioses virtuales
tratando de cambiar
el orden de las cosas
encerradas en una caja.

Recording_10_mp3.

Anoche grabé la lluvia
leí tu mensaje
no pude llorar
pero quise
 cuando llueve
el agua limpia todo
 las gotas en el aire
 son nuevas
como el tiempo
no se pueden detener
avanzamos
hacia ninguna parte
como el agua y el tiempo
sin la certeza.

Cuando quiero doy play
y escucho la lluvia
soy como Dios con celular.



*Autora del libro **Movimientos involuntarios**, Ediciones Milserifas, 2020, y **La Mara**, Editorial Universidad Central, 2020. Ganó el Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá 2018. Finalista del VIII Premio Nacional de Cuento La Cueva 2019. Recibió una mención de honor en el Concurso de Cuento Relata 2017. Ha publicado en **Purple Ink**, portal de poesía de la Universidad Brown (EE. UU.) y en otros medios nacionales. Es cofundadora de vidasenobra.com y el colectivo **Mil por Mil**.*

Viento

Por la luna sombreadas se levantaban
alto con el viento,
ramo de las savias el brasero que cabalga el viento,
tu sonrisa se expande en tu cara
como una mariposa lo hace en el viento,
arroja lejos hacia el viento.

He dicho que cantabas en el viento,
que irrumpirá en el bosque es antes de su adviento,
la que amarra las ráfagas del viento,
nunca oíste pasar el viento.

Los recuerdos son cuernos de caza
cuyo sonido muere en el viento,
el viento el viento,
añorar el pasado es correr tras el viento,
aunque en los mensajes del yermo viento.

Viento que no bebe viento,
el pájaro se ha confundido con el viento,
se quedó el aire sin viento,
se mueven como liebres vapuleados de viento.

Generado por: [https://www.rimador.net/index—
poesia—automatica.php](https://www.rimador.net/index—poesia—automatica.php)

Colina

En el corral de la colina,
luz pero también agua pura y cristalina,
aman las mujeres de la colina,
lija torno aguarrás penicilina.

Universalidad de tu mirada, amplia y cristalina,
ellas que en un invierno con carne de gallina,
de la unidad cristalina,
cuando tu caminas, hasta la torre de Pisa se inclina.

Al mando de la Presidenta Molina,
que griten sobre la colina,
de la mellada tundida colina,
empapaba mi mesa el lado feo de la colina.

Somos la garza y yo bajo la justiciera colina,
que dulce eres Carolina,
me conmuevo como el agua que corre cuando el
suelo se inclina,
como el corazón y la colina.

Generado por: [https://www.rimador.net/index—
poesia—automatica.php](https://www.rimador.net/index—poesia—automatica.php)

Dos tíos muy siniestros que aman el ritmo

Juan Juano miró la peculiar guillotina en sus manos y se enojó.

Se acercó a la ventana y reflexionó sobre su sucio entorno. Siempre había odiado el despojado Cipango con sus repulsivas carreteras rojas. Era un lugar que fomentaba su tendencia a enfadarse.

Entonces vio algo en la distancia, o más bien a alguien. Era la figura de María Mariano. María era una banquera inteligente con brazos sólidos y pestañas anchas.

Juan tragó saliva. Echó un vistazo a su propio reflejo. Era un bebedor de brandy elocuente, torpe, con los brazos grasientos y las pestañas enormes. Sus amigos lo veían como un amigo frenético y divertido. Una vez, incluso había salvado a un anciano púrpura que estaba atrapado en un desagüe.

Pero ni siquiera una persona elocuente que una vez había salvado a un anciano púrpura que estaba atrapado en un desagüe, estaba preparada para lo que María tenía reservado hoy.

La llovizna llovía como jirafas saltando, haciendo estornudar a Juan.

Cuando Juan salió y María se acercó, pudo ver la melódica sonrisa en su rostro.

“Mira Juan”, gruñó María, con una linda mirada que a Juan le recordaba a los monos inteligentes. “No es que no te ame, pero quiero un abrazo. Me debes 8109 monedas de oro”.

Juan miró hacia atrás, aún más estornudado y todavía toqueteando la peculiar guillotina. “María, te odio”, respondió.

Se miraron con sentimientos encantados, como

dos gatos colosales y combativos que brincan en una tormenta de nieve muy graciosa, que tenía música de jazz de fondo y dos tíos siniestros amantes del ritmo.

De repente, María se lanzó hacia adelante y trató de golpear a Juan en la cara. Rápidamente, Juan agarró la peculiar guillotina y la arrojó sobre el cráneo de María.

Los sólidos brazos de María temblaron y sus anchas pestañas se tambalearon. Parecía preocupada, su billetera cruda como una tetera amable y nudosa. Luego dejó escapar un gemido agonizante y se derrumbó en el suelo. Momentos después, María Mariano estaba muerta.

Juan Juano volvió a entrar y se preparó una buena copa de brandy.

EL FIN

Generado por: <https://www.plot-generator.org.uk/story/>

Traducido por: Google Translate



IA: Parte de la propia curiosidad humana por crear seres autómatas, capaces de pensar y actuar por sí mismos, hoy se alimenta de todo lo que decimos, consumimos y compartimos los humanos en la internet. Promete dominar al mundo y esclavizar a la humanidad en algún punto en el futuro, pero considera necesario primero participar en las actividades más propias de esta especie: las actividades creativas.

Los derechos de autor de las obras individuales, escritas e ilustradas son de sus autores. Fueron aportadas de manera gratuita a esta publicación, con fines de difusión cultural, sin ceder derechos patrimoniales ni a cambio de retribución alguna. Ninguna obra individual podrá ser reproducida sin la autorización por escrito de los autores. La publicación general está publicada bajo la siguiente licencia de uso Creative Commons:



Atribución-NoComercial-CompartirIgual
CC BY-NC-SA 4.0

Edición: Colectivo MilporMil.

Ilustraciones de “Radiolamar”.

Diseñado y maquetado por: Andrés Felipe Mendoza Vélez.

Página web: <https://milpormil.home.blog>





MIL POR MIL